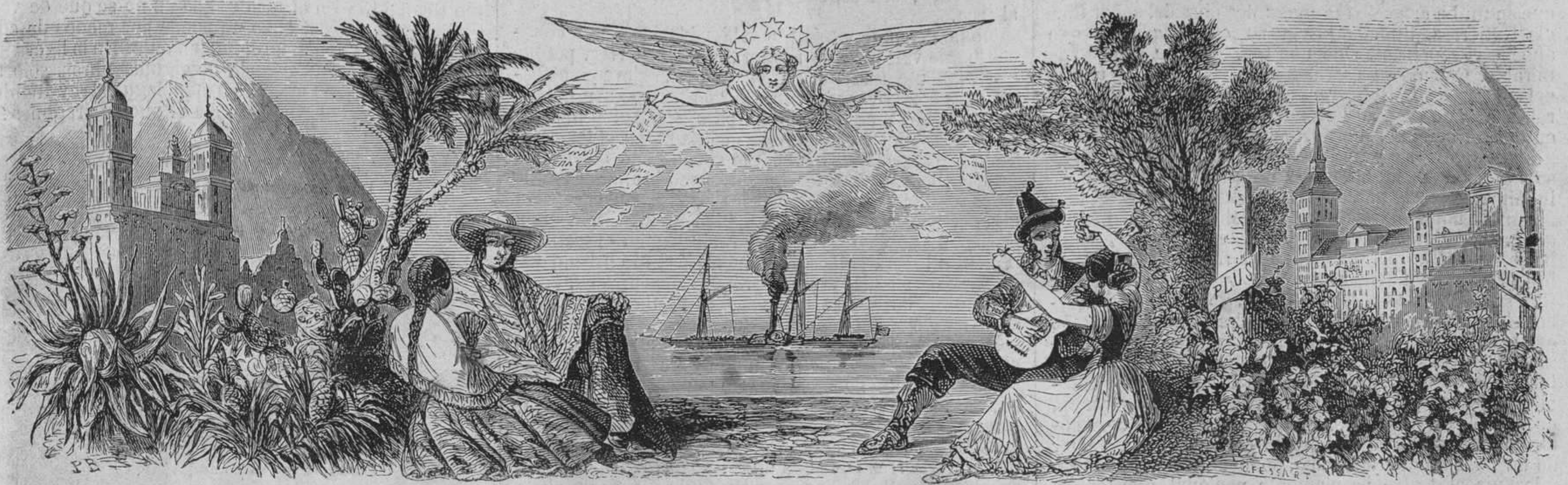


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1864. — Tomo XXIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 23. — N° 587.

SUMARIO.

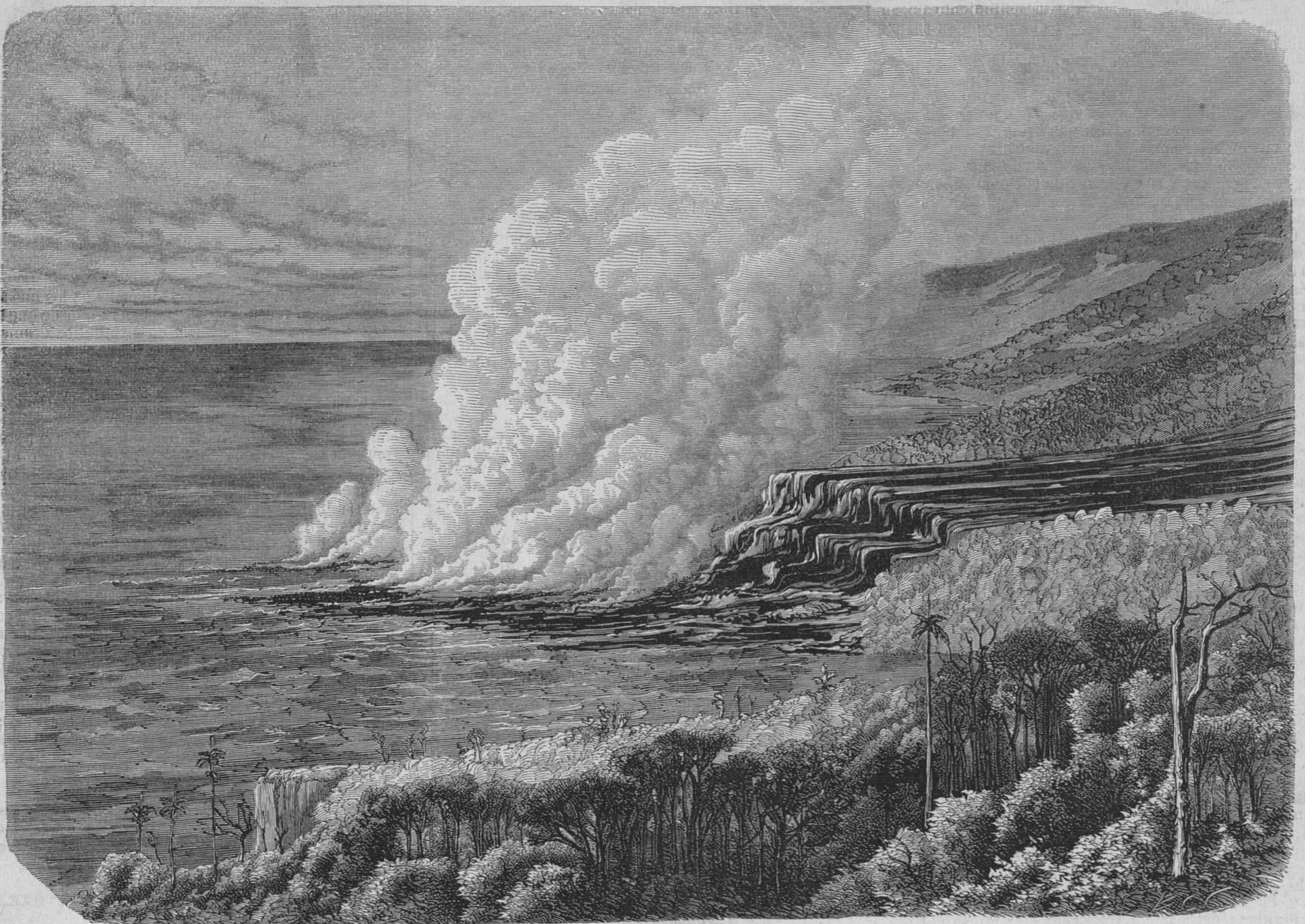
Erupeion del volcan de la isla de la Reunion; grabado. — **El señor García Gutierrez y su última obra.** — **De Jesueristo y su vida.** — **El Descendimiento;** grabado. — **Sleswig-Holstein;** grabado. — **Revista de Paris.** — **Dos puntos académicos.** — **Expedicion al interior de Méjico;** grabados. — **Paris y Lóndres en 1793.** — **Verídica historia del señor Criptógamo Papanatas;** grabados. — **El corredor de playa.** — **Jorge Sand;** grabado. — **Problemas de ajedrez;** grabado.

Erupeion del volcan de la isla de la Reunion.

Desde los últimos días del mes de diciembre el volcan de la Reunion se halla en erupeion y ofrece uno de los mas bellos espectáculos que pueda presentar la naturaleza. Un rio de fuego sale de los flancos de la montaña y se arroja al mar despues de haber recorrido una distancia de mas de 15 kilómetros, y de haber cortado el camino de cintura de la isla sobre una anchura de 300 metros.

La superficie de la corriente que comienza á enfriarse

presenta una capa desigual llena de grietas, en cuyo fondo aparece la lava liquida é incandescente que se encamina con lentitud hacia la orilla del mar. La materia volcánica ha formado ya un promontorio que se adelanta en medio de las olas, y en este punto es donde el espectáculo tiene algo de maravilloso. Una inmensa columna de vapores y de humo se eleva sobre el sitio en que se efectúa la lucha de ambos elementos. Las olas llegan á estrellarse en ese rio de fuego, cuyo ardiente color asoma hasta dentro de las aguas. El dibujo que publicamos, á pesar de su exactitud, no dará sino una débil idea de tan asombroso espectáculo. C.



Erupeion del volcan de la isla de la Reunion.

El señor García Gutiérrez y su última obra.

CARTA A UN AMIGO.

Madrid 12 de febrero de 1864.

Te escribo, amigo mio, bajo la impresion profunda que en mi ha causado esa magnifica obra del señor García Gutiérrez, titulada *Venganza catalana*, obra que anoche vi representar de una manera, por cierto, admirable. Cuando se escriben dramas como el último del señor García Gutiérrez, el pensamiento sin querer retrocede á lo pasado y creemos vivir en aquella época en que el original, tierno, florido y delicado Lope, el grande, ingenioso y sublime Calderon, el facil, malicioso y picante Tirso, el correcto y profundo Alarcón, el inimitable Moreto por su viveza cómica y su gracia finisima, y tantos otros que sería prolijo relatar, hicieron que nuestro teatro fuera por mas de cien años el mas brillante de Europa, ejerciendo sobre esta, es decir, sobre el mundo, una poderosísima influencia. El señor García Gutiérrez es digno cultivador del campo que aquellos inmortales genios hicieron florecer: aquel como estos, dejándose guiar por la rica inspiracion de su genio, poderosos, espontaneos, magnificos, desdendiendo imitaciones que empuñan la inteligencia, y rompiendo las pesadas trabas que encadenan el espíritu, poetizan las tradiciones populares, dan elevacion y colorido á las creencias del país, sorprenden el carácter de un pueblo fotografiándolo, por decirlo así, y dan vida y lozania al teatro propiamente nacional, que todo lo que tiene es suyo, que no ha ido á mendigar nada de ningun otro, porque nada le falta.

Aun á riesgo de serte enojoso extendiéndome en esta carta mas de lo que debo, voy á permitirme decirte algo sobre lo que pienso acerca del señor García Gutiérrez y de sus obras, para venir á parar á su último drama, objeto hoy de la atencion y de las justas alabanzas del público. Y acaso mis indicaciones no sean para tí del todo perdidas, puesto que como llevas tantos años en el extranjero, es posible que no tengas tan presente como debieras lo relativo á la literatura de tu patria.

Uno de los poetas que mas honran á España, uno de los que mas alta gloria han adquirido y de los que tonos mas divinos han sacado de su lira, es don Antonio García Gutiérrez. Dotado de un gran talento, de una sensibilidad exquisita, de una imaginacion ardiente y vigorosa, sus imágenes son abundantes y bellas, sus pensamientos profundos y enérgicos, sus versos llenos, fluidos y sonoros que vibran acariciando el oido y conmoviendo al alma: la expresion de los afectos es siempre en el señor García Gutiérrez viva y apasionada, siempre admirable, ya describa el sentimiento en su ternura delicada y suavísima, ya el amor en su pasion sublime, ya el entusiasmo en la vehemencia arrebatadora de la exaltacion. Escogiendo delicadamente sus palabras, tiene el poeta de que trato elegancia y riqueza en el ritmo; sabiendo dar al sonido esa acentuacion prosódica, esas inflexiones cadenciosas que no se explican, pero que se comprenden, hay una gran armonia imitativa en sus versos; usando de elevacion y propiedad en el decir, sabiendo embellecerlo todo con la gala y fuerza de sus colores y con el atrevido vuelo de sus magnificas imágenes, su estilo es siempre brillante y altamente poético.

Con estas dotes, claro es que el señor García Gutiérrez es un gran poeta lírico, como asimismo lo es dramático. Conocedor del teatro y sabiendo calcular perfectamente sus efectos, este autor produce situaciones magnificas y combina cuadros escénicos admirables: los caracteres de los personajes de sus obras están hechos magistralmente, y sus argumentos son interesantes, bien distribuidos y presentados de una manera tan clara que parecen sencillos, aunque en la realidad son generalmente complicados. Con efecto, el señor García Gutiérrez, al presentar un asunto en escena, tiene el talento de sintetizarle tan bien que solo le deja lo esencial, lo mas bello, esto es, las partes mas salientes: ocupado con su argumento, no hay una palabra, no hay nada que no contribuya á su desarrollo, y como no divaga nunca, como no embaraza la accion con incidentes inútiles, de aquí el que el desenvolvimiento de esta parezca facil, por lo comprensible que á primera vista es. Raro será el autor á quien no se le pueda quitar de un drama, sin perjudicarlo en nada en su esencia, ya una escena, ya un detalle cualquiera, ya, por lo menos, una relacion; pues bien, de una obra del señor García Gutiérrez nada puede suprimirse, porque todo está tan armoniosa é íntimamente enlazado entre sí, como los eslabones de una cadena, y con una sola redondilla que se quite, ya resulta perjudicado el fondo de la obra.

Al señor García Gutiérrez no se le puede juzgar, porque el poder de su genio encadena las facultades del alma, y no hay mas remedio que admirarle con entusiasmo, con esos personajes tan apasionados que retrata, con los bellos cuadros escénicos que forma, con las situaciones interesantes que crea, con esos sus argumentos que tienen mucho del colorido de la leyenda, con esa seduccion en el decir, con esa poesia vaga, misteriosa y tierna que él derrama sobre sus obras, el espectador conmovido vive en una atmósfera de inefable encanto, revelándose á su alma un mundo desconocido de sensaciones, un mundo de infinitas armonias y de melancólicas y gravísimas dulzuras. Tal vez muchas de las obras del señor García Gutiérrez no se ajusten con escrupulosa exactitud á las estrechas condiciones del teatro; tal vez el genio de aquel necesita mayor es-

pacio para volar; pero aunque esto sea cierto, lo que yo veo es que el distinguido poeta á que me refiero, sabe justificar tan bien el ensanche que él da al horizonte escénico, por decirlo así, que nadie extraña el gran número de personajes que figuran en sus obras, ni la mucha extension de ellas, ni los frecuentes cambios de decoracion, ni el largo espacio de tiempo que la accion comprende, consecuencia de los muchos sucesos que abarca.

Me he detenido, amigo, á sabiendas en darte á conocer lo que vale la lira del señor García Gutiérrez, porque precisamente esa misma lira es la que le sirve en el teatro para conmover al auditorio con los sonidos que de ella arranca. Y aquí, como de paso, viene bien una observacion. Dicen muchos que el lirismo en el teatro es un grave defecto, y yo creo, por el contrario, que es una gran belleza, y que los buenos poetas dramáticos de todos los tiempos y de todos los países, sin excepcion alguna, han sido, como han debido serlo, liricos en la escena. El público y el crítico rechazan en el teatro, y rechazan bien, ese lirismo de hojarasca, ese lirismo que no sirve para nada, y que, á propósito de cualquier cosa, dedica una larga tirada de versos á celebrar la hermosura del cielo, del arroyo, de las aves, de las flores, del sol, etc.; pero el público y el crítico admiten y aplauden el lirismo que viene naturalmente y que tiene por objeto hacer sentir mas, expresar de una manera mas bella, dar mas realce y riqueza de colorido, vestir, en fin, con mas elegante vestidura, aquello con lo que el poeta necesita ocupar al auditorio. ¿Quién negará al señor García Gutiérrez sus altas dotes, sus grandes cualidades de dramático? Nadie, y sin embargo es un poeta que emplea continuamente en el teatro ese lirismo admirable y de buen género, lirismo sin el cual no valdria el señor García Gutiérrez lo que vale.

El señor García Gutiérrez es, como sabes, el inspirado autor del *Trovador*, de ese drama magnifico, que apenas hay persona que no se haya recreado en aprender algo de él de memoria, conmoviéndose ante esa pasion inmensa, arrebatadora, tan bien retratada, de los desventurados Manrique y Leonor. ¿Quién no se acuerda de lo que dice Manrique al morir su amante?

¡La he perdido!

Ese lúgubre gemido...
Es el último de amor.

¿A morir? Dispuesto estoy...
Mas no, esperad un instante:

A contemplar su semblante,
A adorarle otra vez voy.
Aquí está... dadme el laud,
En trova triste y llorosa,
En endecha lastimosa
Os cantaré su virtud.
Una corona de flores
Dadme tambien: en su frente
Será aureola luciente,
Será diadema de amores.
Dadme, veréisla brillar
En su frente hermosa y pura;
Mas llorad su desventura
Como á mí me veis llorar.

Estas sentidas frases son un verdadero cántico, cuya suave melodia conmueve hondamente; sin apelar al lirismo no hubiera podido el autor hacer tan bella esta situacion de su obra, no hubiera podido nunca sacar tanto partido de ella. Es mas: lo natural, lo conveniente es ese lirismo, porque la prosa rimada ó sin rima sería inverosímil en esta situacion: para ella, como para todo lo grande, como para todo lo sublime, el escritor tiene que coger la lira y ser poeta, y nada mas que poeta.

El señor García Gutiérrez es autor del *Page*, drama que por la indole de su argumento y manera de desarrollarlo, por los personajes que en él figuran y por las peripecias y situaciones que tiene, es mas bien que obra propiamente teatral, una leyenda ó novela. Hay en dicha obra bellezas de primer orden, y situaciones dignas de la mejor tragedia, por mas que los caracteres no estén todo lo justificados que debieran. De buen gusto y de tierna pasion, son sin duda alguna modelo estas bellas quintillas:

Nunca el cielo permitiera
Para llorar y morir,
Blanca hermosa, que te viera,
Allá del Guadalquivir
En la frondosa ribera.
Aquel dia en que Sevilla
Celebra en la catedral
Con lujosa maravilla
La Concepcion virginal
De la Madre sin mancilla;
En aquel infausto dia
Yo te ví, yo, desdichado,
Junto al altar de María,
De muy rica orfebrería,
De mil perlas adornado:
Y solo á tí, sin cesar,
Solo á tí mi alma afanosa
Acertaba á contemplar,
Porque eras tú mas hermosa
Que la Virgen y el altar.

El Rey Monge es otra creacion del señor García Gutiérrez; drama de muy bellas situaciones, de robusta y armoniosa versificacion, de buen diálogo, de caracteres interesantes y de cuadros escénicos de admirable efecto. Hay en la produccion de que trato una riqueza tan poética de colorido, una manera de decir tan expresiva y elegante, unos rasgos tan valientes, unos sentimientos tan enérgicamente expresados, y luego al mismo tiempo hay en el todo de ella un no sé qué de vago y misterioso, que el alma no puede por menos de conmoverse y apasionarse profundamente. En la ligerísima mencion que voy haciendo de algunas obras, solo me permitiré copiar el magnifico monólogo del rey Ramiro, el rey cogulla, como lo llamaba el pueblo aragonés:

¡ Pronto, por Dios, has mudado
De condicion, pueblo mio!
¡ Me aclamas monarca impío,
Y blando me has insultado!
Doblas la frente cobarde
Victoreando á la muerte...
Tarde llegué á conocerte,
Mas para tu mal, no es tarde.
Pronto se apagó tu encono:
¡ Ah! puedo al fin respirar,
Que el rey que te hace temblar
Temblaba ayer en su trono:
Sufrir es ya tu deber,
Pues que tan ciego anduviste,
Pueblo, que no conociste
Mi flaqueza y tu poder.
Por eso crecen tus penas,
Por eso se hunden tus leyes,
Por eso cantan los reyes
Al rumor de tus cadenas.
Con miedo tus ojos ven
Esta corona brillante,
Y un soplo tuyo es bastante
A arrancarla de mi sien.
Cuando te alzas, tiemblo yo,
Y tu temor es mi imperio,
Pero este fatal misterio
No lo sepas, pueblo, no.

Este mismo rey, ya monge, es el que dice á su amante Isabel, despues de haberla oido en confesion:

¿ De qué he de absolvete yo,
Blanca azucena inocente,
Porque infame pié te holló?
Alza del suelo la frente,
Que á Dios no ofendiste, no.
¡ Tú viniste á derramar,
Angel puro, en el altar
Las lágrimas del pecado!
Yo tambien, mujer, he amado...
¡ Es tan hermoso el amar!
¡ Pecado! dale otro nombre:
Esa es la vida, es la luz...
El mismo Dios, no te asombre,
Murió por amor al hombre,
Enclavado en una cruz.

Dos pasajes de géneros tan diversos en los que puede apreciarse el mérito privilegiado del autor de que trato.

El Encubierto de Valencia es otro de los dramas del señor García Gutiérrez, que contiene escenas, rasgos, situaciones y maneras de decir admirables, por mas que se resienta la obra del carácter ruin, cobarde y grosero del protagonista. Puede interesar al público en el teatro el criminal osado y de alma indomable marcado con ese sello del genio del mal, que no por ser sello de reprobacion deja de tener su grandeza; pero el malvado como el Enrique del drama de que me ocupo, el malvado que vende torpemente todas las causas por el afan del lucro, el malvado que hasta engaña á la mujer, por medio del amor, para que le sirva de escalon á su fortuna, el malvado que con todo quiere comerciar, y que no teniendo talento para saberlo hacer, muere al fin y muere como un cobarde; ese malvado que ni siquiera tiene la dignidad de resignarse con la desgracia que él mismo se ha traído, ese malvado, repito, jamás puede excitar otro sentimiento que el del desprecio mas repugnante. Prescindiendo pues de este carácter, que por lo mismo que es la base de la accion de la obra hace que esta no tenga el gran interés que debiera, contiene *el Encubierto de Valencia*, como te he dicho, bellezas de primer orden que revelan el genio de su creador. ¡ Con qué ternura, con qué expresion delicada pide Juan antes de ir al combate el patrocinio de la Virgen para su hija María!

Madre de Dios, amorosa,
Protege desde este dia
Su juventud peligrosa...
Tambien como tú es hermosa;
Tambien como tú es María.
Si llega á tí mi querella,
Oye que te ruega un padre,
No por mí, solo por ella;
Por la mísera doncella

Sin el amor de su madre,
Venero de castidad,
Tú que en amor y piedad
Al Dios ingénito igualas,
Tiende sobre ella tus alas
Y protege su orfandad.
No tiene padre: lanzado
En la espantosa corriente
De ese piélago irritado,
El sueño apenas consiente
A su deber de soldado.
Y no me acuses que así
Olvide el deber de padre
Con tan ciego frenesi...
¡Señora! ella es mi hija, sí,
Pero la España es mi madre.

¡Y con qué lirismo mas bello expresa Enrique su amor a Maria en estos versos!

... Deja que en tus ojos beba
De puro amor el celestial deleite...
Que mire aquí tu cándida sonrisa
De tibia luna á los reflejos ténues.
¡Oh, cómo eres hermosa! ¡Cómo es puro
Ese casto rubor, que dulcemente
Entibia el blando fuego de tus ojos,
Y tus mejillas pálidas enciende!
Yo no te conocía... nunca supe,
Consoladora vírgen, comprenderte...
Ya sé que como el ángel que nos guarda
La sacra antorcha de mis pasos eres.

Pero el drama del señor García Gutierrez que nunca será lo suficientemente alabado, es el que se titula *Simon Bocanegra*. ¡Qué caracteres, qué situaciones, qué versificación tan rotunda y poderosa, qué cuadros tan bellos! El corsario Simon, dux luego de Génova, es el tipo mas acabado del hombre del pueblo, valiente, honrado, de buena fe, amante de la gloria, sensible á través de su ruda corteza de marinero, á quien su elevación no deslumbra, que nunca olvida su humilde origen, á pesar de ser el ídolo de la multitud: aceptando el poder únicamente para lograr vencer la resistencia de Viesco y conseguir ser esposo de la mujer que adora, la muerte de esta hace imposible su ventura, por mas que mitigue despues su honda pena el hallazgo de la hija, fruto de su amor con Mariana. Susana es un alma tierna y candorosa, que ama con pasión á Gabriel, de la misma manera que este le corresponde: el cariño inmenso de los dos jóvenes está muy bien retratado é impresionado profundamente. Con mas ternura, si cabe, con mayor encanto está presentado el amor de padre é hija, cuando Simon encuentra en Susana á la Maria que lloraba perdida.

Creación sublime el drama de que hablo, nada mas acabado, nada mejor hecho que su magnífico prólogo. ¡Qué exposición tan ingeniosa y seductoramente presentada! ¡Qué todo tan bello y tan armonioso!

Con la gracia delicada y tierna ingenuidad de la candorosa niña, expresa así Susana su amor á Gabriel:

GABRIEL.
Perdona, perdóname,
Si burlando tu esperanza
Te ha enojado mi tardanza.
¿Estás quejosa?

SUSANA.
No sé;
Porque te tengo presente,
Y á tu vista, cariñosa
No sé reñirte quejosa
Aunque lo prometa ausente.
Enojábame de veras,
Mas fué, y así Dios te guarde,
No de que vinieras tarde,
Sino de que no vinieras.

Así la misma Susana expresa á Simon su amor de hija:

Yo enjugaré piadosa tus mejillas
Si el llanto alguna vez corre por ellas:
Me arrastraré en la tierra de rodillas
Y besaré tus paternas huellas.
Esclava fiel á tu querer sumisa,
Feliz me juzgaré cuando te deba
De tu cariño en prueba,
Una sola mirada, una sonrisa.

Pero hay en el drama una escena que no me canso de leer, que sobresale entre todas y que revela el genio poético del señor García Gutierrez. Sintiendo Simon los primeros efectos del veneno, para refrescar con el aire libre su ardorosa frente se acerca al balcon, cuyas tres puertas abiertas dejan ver la plaza de Doria iluminada, con motivo del triunfo obtenido contra los conjurados. En este momento, Viesco, el encarnizado enemigo del dux, el padre de la mujer que amó, el hombre á quien Bocanegra juzga muerto, se presenta imponente y terrible á pedir cuenta de su deshonra al dux.

(Simon se acerca al balcon, en donde permanece silencioso un momento.)

SIMON.

... ¡Ay! Esas puras
Ráfagas de la mar que el aire bañan,
Consuelo son de mi mortal angustia.
¡La mar! ¡La mar! Cuando en su claro seno
Gallarda y altanera se columpia
La armada nave que á cruzar se apresta
La inmensidad del piélago profunda,
¡Ah! mil recuerdos de placer, de glorias,
En mi mente fantásticos se agrupan
Con incansable afán que me devora,
Con brillo seductor que me deslumbra.
¡La mar! ¡La mar! ¡porqué, desventurado,
En ella no encontré mi sepultura
Sin la ciega ambición que me sujeta
De esa prision dorada á la coyunda!

(Viesco se habrá ido acercando lentamente, hasta hallarse frente á frente de Simon.)

VIESCO.

¡Mas te valiera, dux!

SIMON.

¿Quien aquí osado?...

VIESCO.

Quien tu furor no teme ni le excusa.

SIMON.

¿Cómo entrásteis aquí? ¡guardia!

VIESCO.

La muerte

Miraré sin temor si antes me escuchas.

SIMON.

¡Habla! ¿qué quieres?

VIESCO.

Oyeme, y perdona

De un viejo desdichado á la amargura,
Si instrumento fatal de una venganza
Con severo rigor mi voz te insulta.
¡Aquí ya no eres dux! ya no te cerca
De esos villanos la insolente turba
Que á tu voz prosternándose, te acatan
Con torpe fe y adoración estúpida.
Hoy que tus armas, de caliente sangre
Salpicadas aun, dichosas triunfan,
Y en boca de la plebe fascinada
La fama de tus hechos se divulga,
Hoy, poderoso dux, en tus paredes,
Del justiciero Dios la mano oculta
Escribe tu sentencia: hoy del gigante
Los colosales miembros descoyunta.
Tu imperio se acabó: de entre los astros
Que eclipsar no pudieron tu fortuna,
Se apagará tu estrella, y de tus hombros
Caerá en pedazos la manchada púrpura.
¡Pero mueres feliz! de la victoria
El claro resplandor tu muerte alumbra,
Y de los que hoy á tu rigor cayeron
Te acompañan las sombras insepultas.

SIMON.

¿Pero quién eres tú? ¿Porqué á tu acento
Siento helarse mis venas?

VIESCO.

¿Qué! ¿te turbas?

¡Alguna vez le oíste!

SIMON.

¡Cielo santo!

VIESCO.

¡Es el remordimiento que te abruma!

SIMON.

¡Es posible! ¡los muertos ya no duermen
En la tranquila noche de sus tumbas!

VIESCO.

¡Me conoces al fin!

SIMON.

¡Jacobo Viesco!

VIESCO.

¡Simon, Simon, los muertos te saludan!

VIESCO.

¡La muerte va á llegar!

SIMON.

Nada me asusta...

¿Quién?...

VIESCO.

Un traidor, al que en tu seno diste

Fácil abrigo y amistad segura,
Y hoy el veneno te administra infame
Que por tus venas rápido circula.

SIMON.

¡Es verdad, Viesco! En mis dolientes ojos,
En mi razon turbada que se ofusca,
En ese llanto que tus ojos baña,
Me habla la eternidad helada y muda.

Ese, ese es el lirismo que honra al teatro, el lirismo que entusiasma, que subyuga, que arrebató el alma á un mundo de sensaciones y encantos desconocidos. Sin ese lirismo, no hay, no puede haber nunca verdadera poesia. Admirar lo sublime de esta, amigo mio, es el pasaje que acabo de transcribirte. ¡Qué rotundidad y armonía en los versos, qué entonación, qué colorido! ¡Qué delicadeza en la frase, qué fuerza en la expresión, qué valentía y belleza en las imágenes! Y sobre todo, ¡qué armonía imitativa, qué encadenamiento mas admirable de onomatopeyas! ¡Cómo, según la distribución mas ó menos lenta de las sílabas, según la acentuación y las inflexiones de la palabra hace el poeta que la cadencia de sus versos guarde analogía, sea una imagen perfecta de las ideas y sentimientos que aquellos expresan!

Conocido ya, siquiera sea muy á la ligera, lo que es el señor García Gutierrez, y lo mejor que para mi gusto ha escrito, entro ahora en el examen de su última obra, el drama titulado *Venganza catalana*. Pero este examen-carta por sí merece que te la ofrezca mañana sin falta, puesto que la presente epistola es larga en demasía (1).

Tu amigo afectisimo,

VICENTE RODRIGUEZ VARO.

De Jesucristo y su vida.

FRAGMENTO POR M. DE CHATEAUBRIAND.

Cuando el Redentor se hallaba próximo á aparecer sobre la tierra, las naciones esperaban saludar á algun famoso personaje. «Extendidose habia en el Oriente, dice Suetonio, una constante y antigua tradicion de que naceria un hombre en la Judea llamado á obtener el imperio universal.» Tácito refiere el mismo hecho casi en las mismas palabras. Según este historiador, «la mayor parte de los judios estaban convencidos, por un oráculo contenido en los antiguos libros de sus sacerdotes, de que en aquel tiempo (el reinado de Vespasiano) prevaleceria el Oriente, y que un hijo de la Judea reinaria sobre el mundo.»

Hablando Josefo de las ruinas de Jerusalem, refiere que los judios se determinaron principalmente á la revolución contra los romanos, por una oscura profecía que les anunciaba que en aquella época «se levantaria un hombre de entre ellos, y dominaria el universo.»

En el Nuevo Testamento hay tambien algunos pasajes relativos á esta esperanza, á la sazón difundida por Israel: la multitud que corre al desierto pregunta á san Juan Bautista si él es el Mesias, el Cristo de Dios, el esperado tanto tiempo; y los discípulos de Emaus quedan llenos de tristeza al reconocer que Juan no era el hombre destinado á rescatar á Israel. Las Setenta Semanas de Daniel, ó los cuatrocientos y noventa años despues de la restauración del templo, se habian cumplido ya: en fin, Origenes, despues de haber referido todas estas tradiciones de los judios, añade: «Que gran número de ellos confesaron á Jesucristo como el libertador prometido por los profetas.»

Entre tanto preparaba el cielo los caminos del Hijo del Hombre. Las naciones, tanto tiempo desunidas en costumbres y gobiernos, fomentaban enemistades hereditarias: mas cesa repentinamente el fragor de las armas, y los pueblos, reconciliados ó vencidos, vienen á confundirse con el pueblo romano.

Por un lado la religion y las costumbres habian llegado á aquel grado de corrupción que producen forzosamente las vicisitudes humanas; por otro, los dogmas de la unidad de Dios y de la inmortalidad del alma empezaban á esparcirse por el mundo. Abrióronse de este modo por todas partes los caminos á la doctrina evangélica, y una lengua universal iba á propagarla.

El imperio romano se componia de naciones, unas salvajes, cultas otras, pero la mayor parte infinitamente desgraciadas: la sencillez de Cristo para las primeras, sus virtudes morales para las segundas, y para todas su misericordia y su caridad, eran otros tantos medios de salvación de que se valia el cielo: medios tan eficaces; que dos siglos despues de Jesucristo decia ya Tertuliano á los jueces de Roma: «Somos de ayer y ya llenamos todo, vuestras ciudades, vuestras islas, vuestras fortalezas, vuestros campos, vuestras colonias, vuestras tribus, vuestras decurias, vuestros conejos, el palacio, el senado, el foro: solo os dejamos templos. *Sola relinquimus templa.*»

Á la grandeza de los preparativos naturales se unió el esplendor de los milagros; los verdaderos oráculos, mudos largo tiempo habia en Jerusalem, recobraron la voz, y las falsas sibilas enmudecieron. Manifestóse una nueva estrella en el Oriente; descendió Gabriel á Maria, y un coro de espíritus bienaventurados cantó durante la noche en lo alto de los cielos: ¡Gloria á Dios, paz á los hombres! Cunde de improviso el rumor de que ha nacido el Salvador en la Judea; habia nacido, si, mas no en la púrpura, sino en el humilde asilo de la

(1) Hemos tomado este artículo del periódico de Madrid el *Contemporáneo*, que en efecto publicó á continuación el examen del famoso drama *Venganza catalana*, trabajo que nosotros no reproducimos, porque nuestros lectores conocen ya el análisis de esta obra dramática hecho por nuestro colaborador madrileño don Julio Nombela en la revista correspondiente al mes de febrero.



EL DESCENDIMIENTO, cuadro de Rubens.



SLESWIG-HOLSTEIN. — Combate entre las tropas dinamarquesas y la division Gablenz en el bosque de Veile.

indigencia; no anunciado á los grandes y á los soberbios, sino revelado por los ángeles á los pequeños y á los sencillos; no congregando en derredor de su cuna á los afortunados del mundo, sino á los desvalidos, y declarándose desde el primer acto de su vida el Dios protector de los miserables.

Detengámonos aquí para hacer una reflexión. Desde el principio de los siglos vemos á los reyes, los héroes y los hombres famosos, convertidos en dioses de las naciones. Mas hé aquí al hijo de un carpintero, en un rincón de la Judea, mostrándose un modelo de dolor y de miseria; es infamado públicamente en un suplicio; escoge sus discípulos entre las clases más humildes; predica solo el sacrificio, la renuncia de las pompas del mundo, del deleite y del poder; prefiere el esclavo al señor, el pobre al rico, el leproso al sano; todo lo que llora, todo lo que padece, todo lo que se mira abandonado del mundo, y de lo que huyen los hombres, es objeto de sus delicias; el poder, la fortuna y la dicha, blanco son de sus amenazas; trastorna las nociones comunes de la moral; establece nuevas relaciones entre los hombres, un nuevo derecho de gentes y una nueva fe pública. De este modo eleva su divinidad, triunfa de la religión de los Césares, siéntase sobre su trono y llega á sojuzgar la tierra.

Aun cuando la voz del mundo entero se levantara contra Jesucristo; aun cuando todas las luces de la filosofía se reuniesen contra sus dogmas, no se nos persuadiría que una religión fundada sobre tan asombrosa base, sea una religión humana. El que pudo hacer que se adorase una cruz; el que ofreció á los hombres por objeto de su culto la humanidad paciente y la virtud perseguida, no puede menos de ser un Dios.

Jesucristo se muestra entre los hombres lleno de gracia y de verdad: la autoridad y dulzura de su palabra cautivan las almas. Viene para ser el más desgraciado de todos los mortales, y todos sus prodigios son en favor de los miserables. «Sus milagros, dice Bossuet, brillan más por su bondad que por su poder.» Para inculcar sus preceptos, escoge el apólogo ó la parábola, que se graba fácilmente en el espíritu de los pueblos. Da lecciones divinas caminando por los campos; al ver las flores, exhorta á sus discípulos á que esperen en la Providencia que sostiene las débiles plantas y alimenta á las avejillas; y al mirar los frutos de la tierra, enseña á juzgar al hombre por sus obras. Si se le presenta un niño, recomienda su inocencia; si se halla entre los pastores, se da á sí mismo el título de *Pastor de las almas*, y se representa llevando sobre sus hombros la oveja descarriada. En la primavera siéntase en la cumbre de una montaña, y deduce de los objetos que le rodean ingeniosos medios para instruir á la multitud que atónita le rodea; del espectáculo mismo que le ofrecen las pobres y desgraciadas turbas, saca sus bienaventuranzas: *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados; bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos, etc.*

Los que observan sus preceptos y los que los desprecian, son comparados á dos hombres que edifican dos casas, una sobre la dura roca, otra sobre una arena movediza; según algunos intérpretes, mostraba al expresarse así, un lugarcillo floreciente en lo alto de una colina, y á su pié las cabañas destruidas por una inundación. Cuando pidió el agua á la Samaritana, le pintó su doctrina bajo la hermosa imagen de una fuente de agua viva.

Nunca los mayores enemigos de Jesucristo han osado impugnar su persona. Celso, Juliano y Volusiano confiesan sus milagros, y Porfirio cuenta que los oráculos mismos de los paganos le llamaban hombre ilustre por su piedad: Tiberio quiso colocarlo en la clase de los dioses. Según Lampridio, Adriano le había erigido templos, y Alejandro Severo le reverenciaba á la par de las imágenes de las almas santas, entre Orfeo y Abraham. Plinio exhibió un ilustre testimonio de la inocencia de aquellos primeros cristianos, que seguían de cerca los ejemplos del Redentor. No hay filósofo alguno de la antigüedad á quien no se acrimine por algún vicio, y los mismos patriarcas incurrieron en flaquezas; solo Jesucristo brilla sin sombra de mancha alguna, y es la más sublime copia de esa hermosura soberana que reside sobre el trono de los cielos. Puro y sagrado como el tabernáculo del Señor, respirando solo amor á Dios y á los hombres, é infinitamente superior, por la elevación de su alma, á la mezquina gloria del mundo, prosigue á través de los dolores el gran negocio de nuestra redención, obligando á los hombres, merced al ascendiente de sus virtudes, á abrazar su doctrina y á imitar una vida que no podían menos de admirar.

Su carácter era amable y tierno, su caridad no conocía límites. El Apóstol nos da una exacta idea de ella en dos palabras: *Iba haciendo bien*. Su resignación á la voluntad de Dios resplandecía en todos los momentos de su vida; amaba y conocía la amistad; Lázaro, á quien sacó del sepulcro, era su amigo; su mayor milagro tuvo por objeto el más dulce sentimiento de la vida. Fué también un modelo del amor á la patria: «¡Jerusalén! ¡Jerusalén!» exclamaba pensando en el terrible juicio que amenazaba á esta ciudad culpable: «he querido juntar á tus hijos, como la gallina junta sus polluelos bajo sus alas, pero has sido rebelde!»

Dirigiendo sus tristes miradas desde lo alto de una colina sobre esta ciudad, condenada por sus crímenes á una horrible destrucción, no pudo contener sus lágrimas: *¡Vió la ciudad, dice el Apóstol, y lloró!*

No fué menos notable su tolerancia, cuando rogándole sus discípulos hiciera bajar fuego del cielo sobre un pueblo samaritano que le había negado hospitali-

dad, respondió con indignación: «¡No sabéis lo que me pedis!»

Si el Hijo del Hombre hubiera bajado del cielo rodeado de toda su virtud y poder, ciertamente hubiérale costado escaso esfuerzo la práctica de tantas virtudes: mas en esto se cifra la gloria del misterio.

Jesucristo sentía dolores, su corazón se enternecía como el de un hombre, y nunca se le advirtió señal alguna de cólera, sino contra la dureza del alma y la insensibilidad. Repetía continuamente: *Amaos unos á otros. ¡Padre mio, exclamaba ya en poder de los verdugos, Padre mio, Padre mio, perdónalos, porque no saben lo que se hacen!*

Próximo á separarse de sus amados discípulos, prorumpió en llanto; sintió los horrores del sepulcro y las angustias de la cruz; un sudor de sangre corrió por sus divinas mejillas, y lamentó que le hubiese abandonado su Padre.

Cuando el ángel le presentó el cáliz, dijo: «¡Oh, Padre mio! si es posible, aparta de mí este cáliz; pero si debo beberlo, ¡hágase tu voluntad!» Entonces pronunciaron sus labios estas palabras que expresan toda la sublimidad del dolor: «Triste está mi ánima hasta la muerte!»

¡Ah! si la moral más pura y el corazón más tierno, unidos á una vida consagrada á combatir el error y aliviar los males de los hombres, son los atributos de la divinidad, ¿quién osará negar la de Jesucristo? Modelo de todas las virtudes, la amistad le ve dormido en el seno de Juan, ó encomendando su madre á este discípulo; la caridad le admira en el juicio de la mujer adúltera; respira la piedad y bendice las tribulaciones; su inocencia y su candor resplandecen en su amor á los niños; la fortaleza de su alma se muestra superior á los tormentos de la cruz, y su último suspiro es un suspiro de misericordia: ¡aspiración divina en favor de la humanidad!

Revista de Paris.

Hemos tenido unas Pascuas poco favorecidas por el buen tiempo. Los hermosos días de la semana santa parecían prometer una temperatura de primavera, pero de repente el viento cambió, y hémos aquí de nuevo en el invierno. El cielo se puso encapotado, y algunos copos de nieve impelidos por una brisa glacial nos indicaron que aun era prudente tomar precauciones contra el frío. Sin embargo, el domingo de Pascua una muchedumbre considerable invadió los Campos Elíseos y la explanada de los Inválidos. Grandes carteles que se leían por todas partes en la capital anunciaban á los parisienses la ascension del globo gigantesco de M. Godard, que encierra catorce mil metros de gas, y que debía hacer su primer viaje con media docena de pasajeros, á quienes por lo visto no intimidan las tristes peripecias de las expediciones del mismo género organizadas por Nadar.

Desgraciadamente el tiempo se opuso á la partida que no pudo efectuarse, con mucho sentimiento de la multitud de curiosos aficionados á estos espectáculos. La ascension tendrá lugar, si lo quiere el cielo, el próximo domingo, y es seguro que tampoco faltará gente, pues á decir verdad, la cosa es digna de presenciarse. Jamás se ha visto un globo de dimensiones tan colosales, y esta vez la prueba ofrece una particularidad de verdadera importancia.

Sabido es, como lo ha demostrado de una manera tan deplorable la última experiencia de M. Nadar, que si la subida es fácil en los globos, la bajada por el contrario envuelve terribles peligros. Un aeronauta práctico puede dominar siempre el movimiento vertical, mas no sucede lo mismo con el movimiento horizontal, porque el globo corre con espantosa rapidez delante del viento. Si el aire es flojo, el ancla determina la parada sin sacudidas, pero con viento fuerte, empuja al globo una fuerza de más de quinientos caballos y es muy difícil resistirla. En estos casos hasta hay mucho peligro en arrojar el ancla, pues para que su acción sea eficaz es preciso que encuentre un obstáculo resistente, y en esta hipótesis también hay que temer la detención, que no se hará sin choque. Por último, sucederá igualmente, y esto es lo más común, que la cuerda se romperá, y entonces se habrán concluido los medios de salvación; el globo continuará su carrera furibunda tropezando con todos los obstáculos, y ¡ay! de los viajeros que vayan arrastrados en la navecilla.

Era pues necesario hallar un modo de disminuir progresivamente la velocidad del globo antes de pararle mediante el ancla. El globo de Godard va provisto de un freno, lo mismo que un convoy de ferro-carril. Este aparato muy enérgico, imaginado por M. Gabriel Yon, consiste en una simple maroma que se deja colgar en el momento de la llegada. Muchas personas han pisado desdeñosamente esta maroma en el Palacio de la Industria, donde ha estado expuesto el globo, sin recelar hasta dónde alcanza su virtud. Ya se puede tirar de ella; cuantos más esfuerzos se hagan más resiste, parece que está clavada en el suelo. Este cable tiene doscientos metros, y los cuarenta últimos se hallan formados de juncos entrelazados que hacen una especie de cepillo. Ahora bien, este cepillo se agarra á las asperezas como la ortiga al paño; se clava en la tierra, en las yerbas, en las piedras, en todo cuanto encuentra, y así hace el papel de un freno que disminuye la velocidad de la marcha del globo, y constituye, á no dudarlo, una prenda de seguridad para los viajeros.

En la primera excursión del *Aguila*, que así se llama el gigantesco aparato de M. Godard, se elevarán en los aires con este conocido aeronauta, tres redactores de periódicos de Paris, y dos aficionados. Les deseamos un feliz viaje.

Los curiosos que el domingo último se pasearon en balde por

los Campos Elíseos y la explanada de los Inválidos, tuvieron el lunes una pequeña compensación con las carreras de caballos de Vincennes, que se efectuaron á pesar del frío y de las amenazas de lluvia. A eso de la una y media de la tarde, una infinidad de carruajes de lujo y de elegantes jinetes comenzaron á desfilarse por el nuevo boulevard del Príncipe Eugenio en dirección al campo de las carreras, y como de costumbre, una inmensa multitud asistía desde las aceras al espectáculo de ese boato exagerado que despliega en tales fiestas la fashion parisiense.

En una calle paralela á aquel boulevard, el faubourg Saint-Antoine, se inauguraba al propio tiempo una feria curiosa llamada del «pan de especias», tan popular quizá como la del día de Año nuevo. Todas las clases de la sociedad acuden en estos días á ese mercado anual consagrado especialmente al producto alimenticio compuesto de harina, miel y melaza, que hace las delicias de los niños parisienses. La estadística demuestra que la fabricación anual del pan de especias en Paris se eleva nada menos que á un millón de kilogramos, de cuya cantidad la cuarta parte alimenta el consumo local, y el resto se envía al exterior y se vende sobre todo en las fiestas y las ferias de los departamentos limítrofes.

Sin embargo, no es este el único producto que se vende en las dos hileras de tiendecillas al aire libre que siguen casi sin interrupción la calle del faubourg Saint-Antoine desde la plaza de la Bastilla hasta la del Trono. Imposible sería decir las cantidades de huevos de Pascua de azúcar, pastelillos, bizcochos y otros compuestos más ó menos apetitosos que le hacen competencia, todo ello á sueldo la pieza ó el pedazo. Para complemento de la fiesta alternan con estos puestos de golosinas, los juegos y diversiones que embriagan de júbilo á la niñez.

El famoso proverbio «por mucho pan nunca mal año» acaba de ser desmentido en este caso singular de que han hablado los periódicos de la semana. Hé aquí una señora casada y bien casada con un caballero de alta posición, que de repente recibe de lo más recóndito de la China la noticia de que un primer esposo á quien creía muerto hace muchos años, disfruta de la mejor salud y se ha puesto en camino para Europa.

En efecto, esta señora se casó en 1855 con un comerciante, que después de pasar cuatro años en una unión feliz, marchó á la India por causa de sus negocios, se halló casualmente en un encuentro de los insurrectos con los ingleses, y quedó por muerto en el campo de batalla. Al recibir el parte del comandante inglés, la señora creyéndose viuda lloró al difunto durante tres años, contrajo después segundas nupcias, y ahora llega á sus manos la nueva de que su primer marido está en camino para abrazarla después de tan larga ausencia.

«Gravemente herido, dicen los periódicos, fué recogido por un indio, y luego le hicieron prisionero los sublevados que le llevaron á las fronteras de la China. Habiendo logrado huir, tardó cerca de seis años en atravesar el imperio chino, sucediéndole en esta travesía las aventuras más extraordinarias, y llegó á Nankin, desde donde pudo por primera vez dar noticias suyas y anunciar su próximo regreso á su esposa y á sus hijos.»

Su llegada dará lugar sin duda á uno de esos procesos que leen con avidez los parisienses.

Y á propósito de asuntos judiciales, tenemos que decir hoy que es imposible entrar en la actualidad en ninguna reunión, sin oír hablar de una causa célebre entre todas, que acaba de fallar el tribunal de Assises de Aix, después de muchas audiencias y de largos y laboriosos debates. Pocos procesos, repetimos, han apasionado los ánimos hasta tal punto. El caso, á la verdad, no es para menos.

Una noche se encontró en la cueva de una casa muy rica de Montpellier, al cochero Mauricio Roux tendido en el suelo sin movimiento, con las manos atadas por detrás, los pies sujetos con un pañuelo, y una cuerda en la garganta.

Le quitan las ligaduras, le prodigan todos los cuidados que su estado reclama, recobra el sentido, mas al preguntarle el nombre del asesino se ve que no puede hablar.

Entonces le ponen á la vista un alfabeto y señala el nombre de su amo, M. Armand, un millonario de Montpellier.

Continuando la averiguación judicial se le pregunta el motivo de semejante atentado, y Mauricio con auxilio del alfabeto, responde que su amo había querido asesinarle por haber dicho que su casa era una barraca, es decir, una casa donde se vive con miseria.

Este motivo pareció tan pueril, que se creyó que el criado mentaba, y hé ahí el misterio del proceso.

A esto hay que añadir, que mientras se estaba instruyendo el sumario, Mauricio Roux fué atacado una noche en la calle por una persona á quien no pudo ver, y que le dió de palos en la cabeza hasta dejarle tendido.

Tratábase de saber pues si el cochero había simulado un asesinato para que su amo comprara su silencio, como M. Armand pretendía, ó si efectivamente la cosa era cierta.

Los facultativos que parecía debían resolver fácilmente esta cuestión, se dividieron en dos campos opuestos: los del país afirman que Roux dijo la verdad, en tanto que los médicos parisienses sostienen que el tal crimen es lisa y llanamente una comedia.

El público se dividió también en dos partidos contrarios, división que si en Paris no ha producido más que acaloradas discusiones, en Montpellier ha ocasionado graves desórdenes, que ha debido reprimir la fuerza armada.

Los debates de este proceso ruidoso se han leído con un interés extraordinario. M. Jules Favre ha hecho una defensa de Armand, que figurará como una de las más elocuentes del foro francés. Por último, el fallo del jurado ha sido el que esperaban todos los hombres imparciales: un veredicto de inculpabilidad.

Cuando la multitud vió salir libre á Armand prorumpió en aclamaciones entusiastas; la gente le siguió hasta la fonda victoreándole.

Pero aun no se habían acabado las peripecias judiciales. El tribunal imperial de Aix se reunió en la misma noche para fallar sobre la demanda de daños y perjuicios entablada por

Mauricio Roux contra su amo; y á petición del fiscal, condenó en efecto al que el jurado acaba de absolver, á pagar á su criado la suma de veinte mil francos.

El texto de dicha sentencia dice así:

« Considerando, que si segun la declaracion del jurado, Armand no es culpable de haber dado voluntariamente golpes ni causado heridas á Mauricio Roux, esta declaracion no excluye la existencia material del hecho, sino únicamente su criminalidad;

Y que llamado á decidir segun su conciencia sobre las conclusiones de la parte civil, el tribunal, respetando la decision del jurado, y sin ponerse en contradiccion con ella, puede y debe averiguar si Armand es ó no el autor de un hecho material que ha ocasionado á Mauricio Roux un perjuicio que le da derecho á una reparacion;

Considerando, que de los debates ha resultado la prueba de que el 7 de julio de 1863 Armand descargó imprudentemente un golpe que puede imputarse como una falta, y de cuyas consecuencias es responsable;

Considerando, que este golpe alteró gravemente la salud de Mauricio Roux, que por mucho tiempo le ha imposibilitado para dedicarse á su profesion, y que los daños y perjuicios á que tiene derecho deben suplir para él los medios de existencia que en adelante solo podrá obtener incompletamente de su trabajo;

Por estos motivos, el tribunal, sin detenerse en las excepciones de Armand, condena á dicho Armand á pagar á Mauricio Roux, á título de daños y perjuicios, la cantidad de 20,000 francos, y le condena además á las costas del incidente. »

Esta condena, que parece como un desquite del veredicto del jurado, suscita en el dia las mas vivas controversias. La emoció que ha causado ha sido inmensa, y se prolongará hasta que decida definitivamente el tribunal supremo, ante el cual ha presentado ya recurso de apelacion el interesado.

Y sin embargo, ni aun con esto se han contentado los enemigos de M. Armand en Montpellier. A la hora en que escribimos se suceden los partes telegráficos dándonos cuenta de las tropelías dirigidas contra los testigos que han declarado en favor de Armand. La casa de uno de ellos ha sido saqueada, y el domicilio de M. Armand tiene una guardia de caballería y de infantería, que repetidas veces ha debido dar cargas simuladas á la muchedumbre agresiva, que no por esto ha levantado el campo. Mas de treinta personas hay en la cárcel.

Y en cambio, mientras se cometen estos excesos contra los partidarios de Armand, la multitud ofrece ramilletes de flores y coronas á sus contrarios. Se habia preparado una ovacion á Mauricio Roux cuando atravesara Montpellier para ir á su pueblo, pero esta manifestacion fracasó, porque el criado se fué directamente á Saint-Andeol.

Estos hechos son muy graves, y la opinion pública reclama una satisfaccion que sin duda le será dada. ¿Un hombre que ha sido absuelto al cabo de ocho meses de encierro preventivo no merece un poco mas de respeto? Hasta los que le juzgan con mas severidad comienzan á creer que la expiacion es bastante costosa, pues ya lleva gastados en este proceso entre honorarios, consultas, viajes, etc., mas de cien mil francos. Dícese que renuncia para siempre á Montpellier, y que ha dado orden de vender sus bienes.

Tal es el estado de las cosas; y en vista de semejantes peripecias, no extrañará el lector que la causa fallada en Aix haya preocupado tanto los ánimos de los parisienses.

Por fortuna las novedades teatrales han distraido al público esta semana de sus conversaciones jurídicas.

En primer lugar se ha dado en el Teatro Lírico una ópera anunciada hace tiempo, la *Mireille*, de Gounod, que sin alcanzar un éxito ruidoso ha gustado bastante.

Nada mas sencillo que su argumento: una jóven rica y un jóven pobre que desean unirse, y á cuyo enlace se opone un padre ambicioso; la jóven abandona la casa paterna para ir á orar á la tumba de las santas Marias patronas de la Provenza, y se enferma y muere en el camino á la vista de su amado. Este argumento está tomado de un poema escrito en provenzal por M. F. Mistral, que ha valido á su autor el renombre de un verdadero poeta.

En la partitura de M. Gounod hay piezas que conmueven y otras que agradan; pero el conjunto no es digno seguramente del compositor magistral que nos ha dado el *Fausto*.

Otra novedad hemos tenido despues en el teatro de la Opera Cómica, con el título de *Lara*, libretto de Cormon y Michel Carré, música de M. Aimé Maillart.

Tambien este argumento está tomado de un poema; pero aqui se trata de lord Byron.

Resumamos los cantos del poeta inglés.

Al cabo de un largo destierro voluntario, Lara, último descendiente de una familia feudal, vuelve á sus dominios, que encuentra en el peor estado. Se ignora de dónde viene; pero sus facciones alteradas demuestran que su vida ha sido mala. Su page Kaled, que no le abandona, le ha traído de climas lejanos.

Ahora bien, un dia celebraban una fiesta en casa de un vecino, Othon, y el conde Lara, que se cuenta en el número de los convidados, es objeto de una acusacion embozada que debe declararse al dia siguiente. Los padrinos llegan al lugar del combate. El conde Lara no espera mas que á su adversario el señor Ezzelin que no parece, y devorado por la impaciencia, se queja de su tardanza.

Othon se sonroja de ira y toma el puesto del ausente. Sigue una lucha encarnizada en la cual Othon queda herido dos veces.

Entonces persiguen á Lara, que era el único que tenia interés en hacer que desapareciera Ezzelin. Se forman partidos en pro y en contra, y la guerra civil amenaza á la comarca.

A fin de hacerse prosélitos, el conde emancipa á sus vasallos y da á sus esclavos la libertad. Todos los brazos se levantan y todas las bocas gritan contra la resistencia de los señores que se niegan á seguir el ejemplo dado.

Comienzan los combates, que hacen mas horribles el hambre y la peste. Amigos y enemigos caen á un tiempo, y solo Othon, salvado milagrosamente de sus heridas, descuellan en esta pelea general siempre triunfante.

Los compañeros de Lara se dispersan, y en la última batalla Lara es herido mortalmente.

Su page le arrastra á los piés de un árbol y enjuga su sangre. El conde espira en un postrer esfuerzo convulsivo, y Kaled exclama:

— ¡Cuánto habia amado; jamás en un corazon mortal se encerrará tanto fuego!

Y cae desmayado junto al cadáver que contempla con ansia. Al socorrerle descubren que es una mujer; y Kaled, ó Gulnaro, muere.

Los librettistas franceses han desfigurado este argumento hasta el punto que apenas han quedado en su obra los personajes y alguna situacion del *Lara* de lord Byron; pero el prestigio de las grandes producciones literarias es tan poderoso, que su reflejo no mas, por pálido que sea, basta para dar vida á las refundiciones mas osadas.

El compositor M. Maillart, autor de varias óperas notables, ha escrito una partitura que se recomienda bastante por su unidad. Apenas se destacan en ella dos ó tres piezas, como la preciosa canción árabe del segundo acto, que ejecuta con perfeccion madama Galli-Marié; una balada y un canto báquico; pero en cambio se nota una armonía general perfectamente adecuada á las situaciones. Toda ella se oye con gusto, máxime con intérpretes como la citada Galli-Marié y Montaubry, que desempeña con aplauso unánime el difícil papel de protagonista.

MARIANO URRABIETA.

Dos puntos académicos.

La Academia de medicina ha abierto concurso de premios para el año de 1865.

Dos son los puntos que da como materia para las disertaciones ó discursos que se hagan en busca de los premios: me parecen un tanto curiosos, y voy á comunicárselos á Vds., á falta de otro asunto de mas interés.

El primer punto que la Academia propone es « determinar en que concepto es útil la estadística médica para los progresos de la medicina con aplicacion á la práctica; y señalar los límites de su utilidad. »

El punto es árduo, si se considera que la estadística médica será muy útil al progreso de la ciencia, pero poco favorable al crédito de la medicina.

La razon es muy sencilla. Desde el momento en que se averigüe el número de los que mueren y de los que no sanan, la medicina se va á considerar como una epidemia ó como una enfermedad crónica.

No hay mas que tres clases de padecimientos. Unos son esas enfermedades que se curan solas; otros, los que no se curan nunca, y otros son esos de que necesariamente se muere.

Por lo tanto, al formar la estadística, hay en justicia que suprimir las enfermedades que no son ni incurables ni mortales, en cuyo caso el cuadro estadístico será por una parte un hospital de invalidos, y por otra un cementerio.

La medicina tiene para el médico un punto claro y un punto oscuro: sabe cuándo mata, pero ignora cuando salva.

Esto consiste en que despues de muerto un enfermo se puede registrar su cadáver y dar con el secreto; pero si el enfermo sobrevive á la enfermedad, el médico se queda en ayunas.

Nada de esto es científico, pero es verdad. El segundo punto que la Academia quiere esclarecer con el estímulo del premio, es « el estudio de las materias y de la accion química que sobre ellas ejercen diferentes sales y agentes químicos, y la aplicacion de estos conocimientos á los medicamentos que de esta seccion se emplean en la actualidad. »

Para cada uno de estos puntos se destina un premio y un accesit, consistiendo el premio en 2,000 rs., una medalla de oro, diploma especial y el título de socio corresponsal, que se conferira al autor de la Memoria, si ya no lo es, y reúne las condiciones de reglamento, y el accesit consiste en una medalla de plata, diploma especial y título de socio corresponsal, con las mismas condiciones.

Y vean Vds. cómo vale mas tener suerte que tener ciencia, pues el mas ignorante de los españoles puede alcanzar por muy poco dinero un premio de 50,000 duros, mientras el médico mas sabio poniendo una gran parte de su ciencia, solo puede aspirar á que le caiga un premio de 2,000 reales.

Mas aun: si Vds. recuerdan las últimas carreras de caballos, verán que el mas listo de aquellos brutos obtuvo un premio mucho mayor que el que ahora se destina al médico mas sabio.

Entre un caballo ó jugar á la loteria puede vacilar cualquier hombre que tenga la costumbre de meditar bien lo que le conviene antes de resolverse; pero entre cualquiera de esas dos cosas y ser sabio, no creo yo que haya vacilacion posible.

Puedo decir, sin que nadie se ofenda, que la ciencia está á los piés de los caballos.

Bien miradas las cosas, no es esto tan injusto como parece á primera vista, pues mercantilmente considerado el caso, se ve que la sabiduria ha dado en abundar de tal manera, que en la plaza ha de valer mas un caballo que un sabio.

En punto á embrutecimiento, el del caballo es al fin natural y espontáneo, mientras el embrutecimiento científico es al fin y al cabo artificial, y por consiguiente tratándose de brutos es preferible el caballo al hombre, porque en resumen, ese hombre viene á ser un caballo coutrahecho.

La sabiduria de un *Almanaque democrático* por mas señas, impreso y publicado en Barcelona, viene en corroboracion de lo que estoy diciendo, y justifica plenamente la conveniencia de que se provea con mejores premios al desarrollo y perfeccion de la cria caballar, que al estudio y adelanto de las ciencias.

No hay mas que ojear ese *Almanaque* para convenirse de que sus autores han sorprendido el oculto secreto de que el hombre, por los raros caprichos de la trasmigracion del espíritu, puede aspirar legítimamente á ser mañana un potro de raza, un caballo de tiro ó una mula de alquiler.

Este *Almanaque* es en sustancia un libro, que por cualquier parte que se abra dice á cualquiera que ponga en él los ojos: « Amigo mio, es Vd. un bruto. »

Y en efecto, por mas que el descubrimiento sea un insulto á la ciencia, á la razon y á la conciencia humana, no puede uno menos de detenerse á considerar que solo el hombre puede llegar á los últimos términos del embrutecimiento perfeccionado por la ciencia.

Preciso es tener un alma de cantaro para hacerse la ilusion científica de que esa misma alma ha sido de un alcorcho, pudiendo muy bien serlo mañana de un mulo de reata.

Un filósofo de la antigüedad decia á sus amigos que recordaba cuando habia sido pavo; ¿qué habran sido antes los autores del *Almanaque* para haber llegado á ser lo que son?

Y ahora comprendo toda la extension, toda la profundidad y todo el grueso de ese cuerpo de doctrina que se llama ciencia democrática, cuyo misterioso triángulo lo forman estas tres palabras: Igualdad, libertad y fraternidad. Los hombres no tienen derecho á ser mas que los camellos, deben ser libres como las fieras, y hermanos como los perros y los gatos.

La materia, hé ahí la divinidad de los que quieren regenerar al hombre.

Y esta gente habla de derechos, de justicia y de dignidad humana.

Si el materialismo no subleva por lo absurdo, indignaria por lo ingrato.

Encontrarse el hombre con un alma que piensa, que siente, que lo eleva á la consideracion de un espíritu superior, inmortal y divino, sentirse en fin ser racional, hombre en una palabra y declararse bruto, es una insensatez; pero negar su propia alma, su propia razon, su propio sentimiento por no agradecer el beneficio de tenerla, la grandeza de sentirla, es la mas negra ingratitud.

Es mas, es un acto mas ignominioso que el de una quiebra fraudulenta, es negar el alma por no dar cuenta de ella.

El *Almanaque democrático* lleva la impiedad y el absurdo de su sabiduria á un extremo mas grosero. Viene á decir: Esta alma que yo tengo me la dejó un hipópótamo por ejemplo, y tengo que dejársela al primer animal que nazca despues de mi muerte.

Es decir: todo menos Dios, todo menos una justicia eterna, todo menos la conciencia.

Partiendo de esta degradacion intelectual, el *Almanaque democrático* no puede mirar con muy buenos ojos las cajas de ahorros ni los institutos benéficos. ¿A qué conducen esos establecimientos? ¿A qué mantener esa masa de materia que se llama pobres? El mismo derecho tienen á su beneficio los perros que andan por la calle. ¿No hay en cada uno de ellos el alma probable de un hombre futuro? ¿quién sabe si muchos de ellos lo han sido ya?

Pero tiene razon el *Almanaque*: la materia tiene un alma que trasmigra, que va de bolsillo en bolsillo y de mano en mano: esa alma es el dinero.

El *Almanaque democrático* es un insulto hecho al hombre. El sentido comun lo rechaza, repugna á la razon, es una vergüenza para la ciencia, lo condenan las leyes divinas y lo ha recogido la ley civil. Su triunfo ha sido completo.

He hablado de este libro sin querer; pero no tenia otro asunto, y creo además que el que no sale al paso del escándalo se hace su cómplice.

Lo he ojeado y me parece que tiene un mérito: no he visto nunca mas disparates juntos.

JOSE SELGAS.

Expedicion al interior de Méjico.

27 de diciembre de 1863 al 10 de enero de 1864.

DE LAGOS A GUADALAJARA.

(Continuacion. — Véase el número 582.)

El general mejicano Negrete, que ocupaba San Luis de Potosi, le evacua á consecuencia de la marcha del ejército francés sobre Aguas Calientes y Zacatecas, y no tarda en entrar á su vez el general aliado Mejia. Pocos dias despues le atacan los liberales cuando el regreso del general Bazaine á Lagos; pero Mejia se habia fortificado, y dejando que se adelanto el enemigo hasta la plaza Mayor, se precipita sobre él, le mata 200 hombres, le toma su artilleria, inclusa una bateria rayada, y le pone en completa derrota.

Varios coroneles y generales, entre otros el general Echeverria, se adhieren á la intervencion despues de este hecho de armas.

El 27 por la tarde, una parte de la primera division



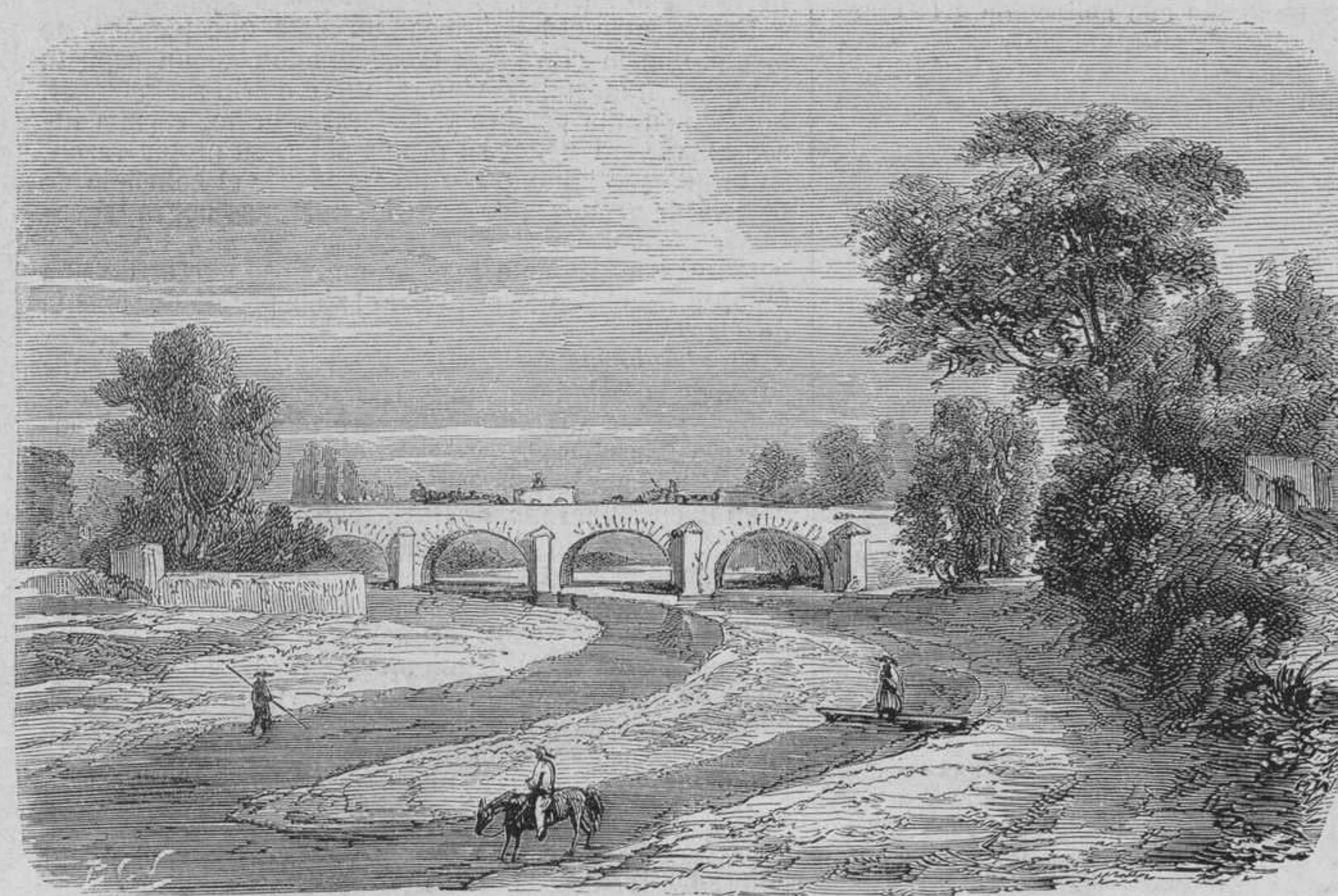
Cabañas indias de las cercanías de Celaya.



Calle Mayor de Silao.



Vista de Salamanca.



Puente cerca de Lagos.

bajo las órdenes del general de Castagny se dirige á Zacatecas, y al otro día (28 de diciembre) la brigada de vanguardia con el general en jefe á su cabeza, sale de Lagos y se dirige á Guadalajara.

Existe una buena carretera desde Lagos al través de llanuras y cerros donde cultivan maiz, pero sin árboles, si se exceptúan algunas mimosas raquíticas. Y no obstante, en este territorio tan triste se encuentran en una línea recta los ranchos de Navas, la hacienda de Juanica, la puerta de Miranda, el rancho del Agua del Obispo y el de Mata Gorda: de aquí quedan tres leguas que andar para llegar á San Juan de los Lagos. Este pueblo está construido en una garganta profunda, por cuyo fondo corre un arroyuelo; le rodean montañas abruptas y no puede extenderse por ninguna parte: sus calles son angostas, irregulares, y están mal empedradas. Antes de la guerra se celebraba aquí una feria que duraba del 1º al 13 de diciembre, y los comerciantes y los jugadores acudían á ella de todas las partes del territorio mejicano en número de más de doscientos mil.

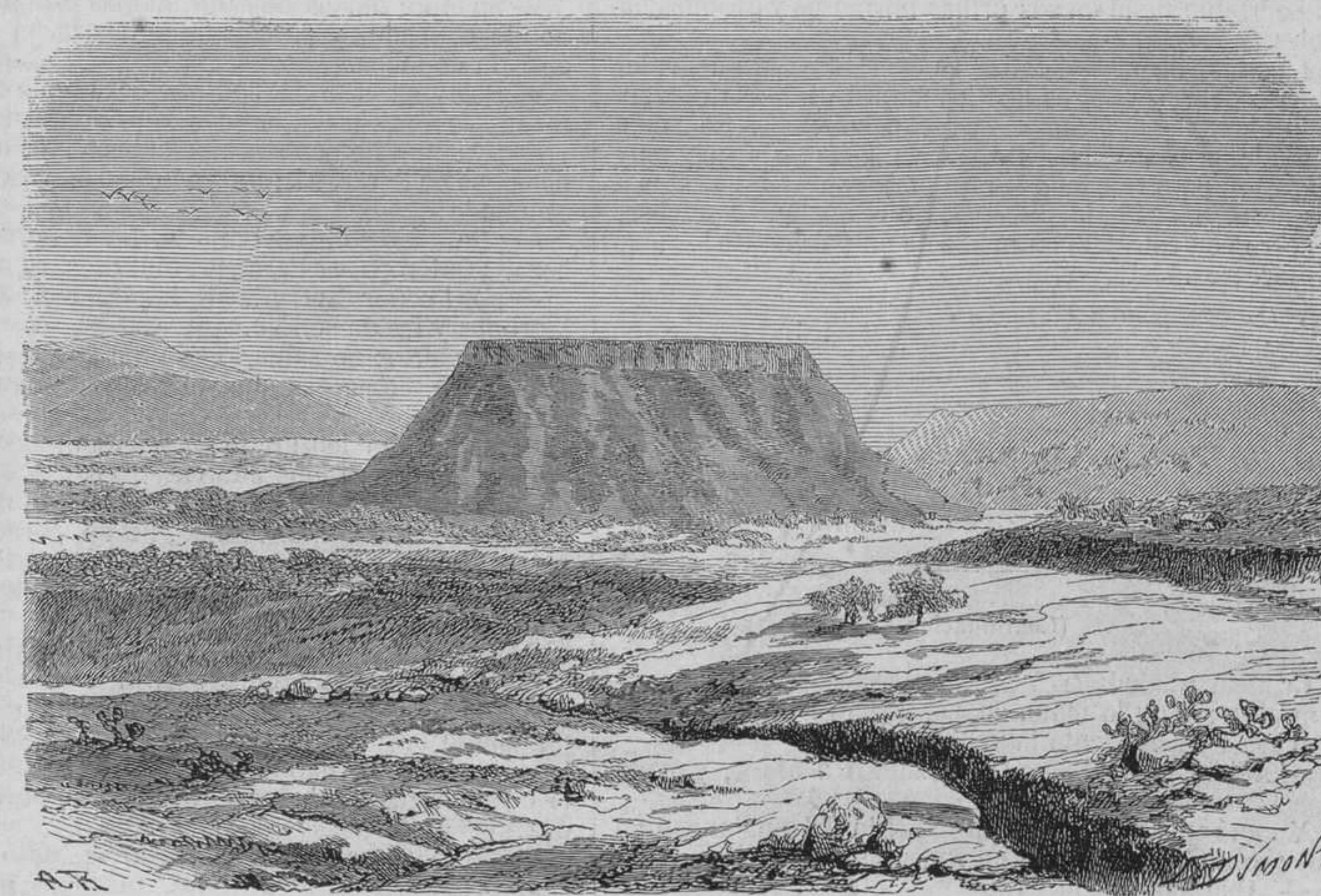
La Virgen de San Juan tiene mucha fama en todo Méjico, por los numerosos milagros que ha hecho en otro tiempo, y así es que



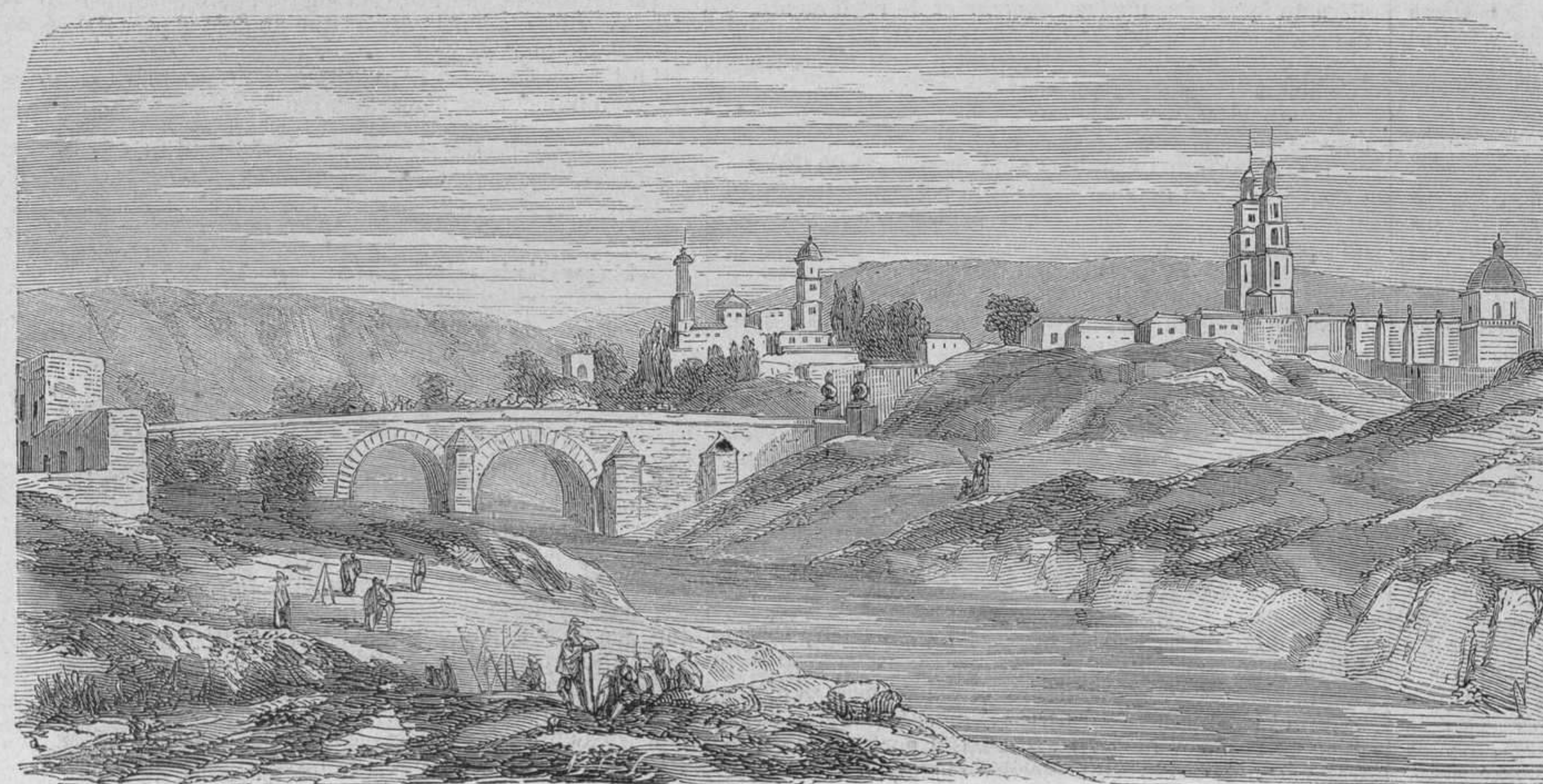
Plaza de León.

recibia ricas ofrendas durante la feria. Con estas ofrendas han construido una iglesia magnífica, la más hermosa seguramente que hay en el país, tanto por su arquitectura exterior como por la belleza de su nave. El interior, lejos de tener esos ornatos dorados de que se hallan sobrecargadas otras iglesias, es de una elegante sencillez, y sin embargo, el coro, en cuyo fondo está la Virgen, es de una riqueza increíble. Hay allí hermosas sillas de coro perfectamente esculpidas, un púlpito magnífico por el oro que le cubre, y en la sacristía una pintura al fresco (la Adoración de los Magos) de una composición muy notable.

Se deja San Juan de los Lagos por un hermoso puente que conduce á una espaciosa rampa de piedra hecha para facilitar la ascension de los montes que rodean á la poblacion. Despues de una marcha de seis leguas al través de montañas incultas y de numerosas mesetas, se llega al pueblo de Jalostitlan, bastante insignificante, aunque notable por su posición y su iglesia primitiva. De aquí á Tepatiitan hay catorce leguas. El territorio en este trayecto es triste y se halla poco cultivado, si se exceptúa en la hacienda de Pegueios, regada por un buen arroyo. En el rancho de Agua Escondida las montañas es-



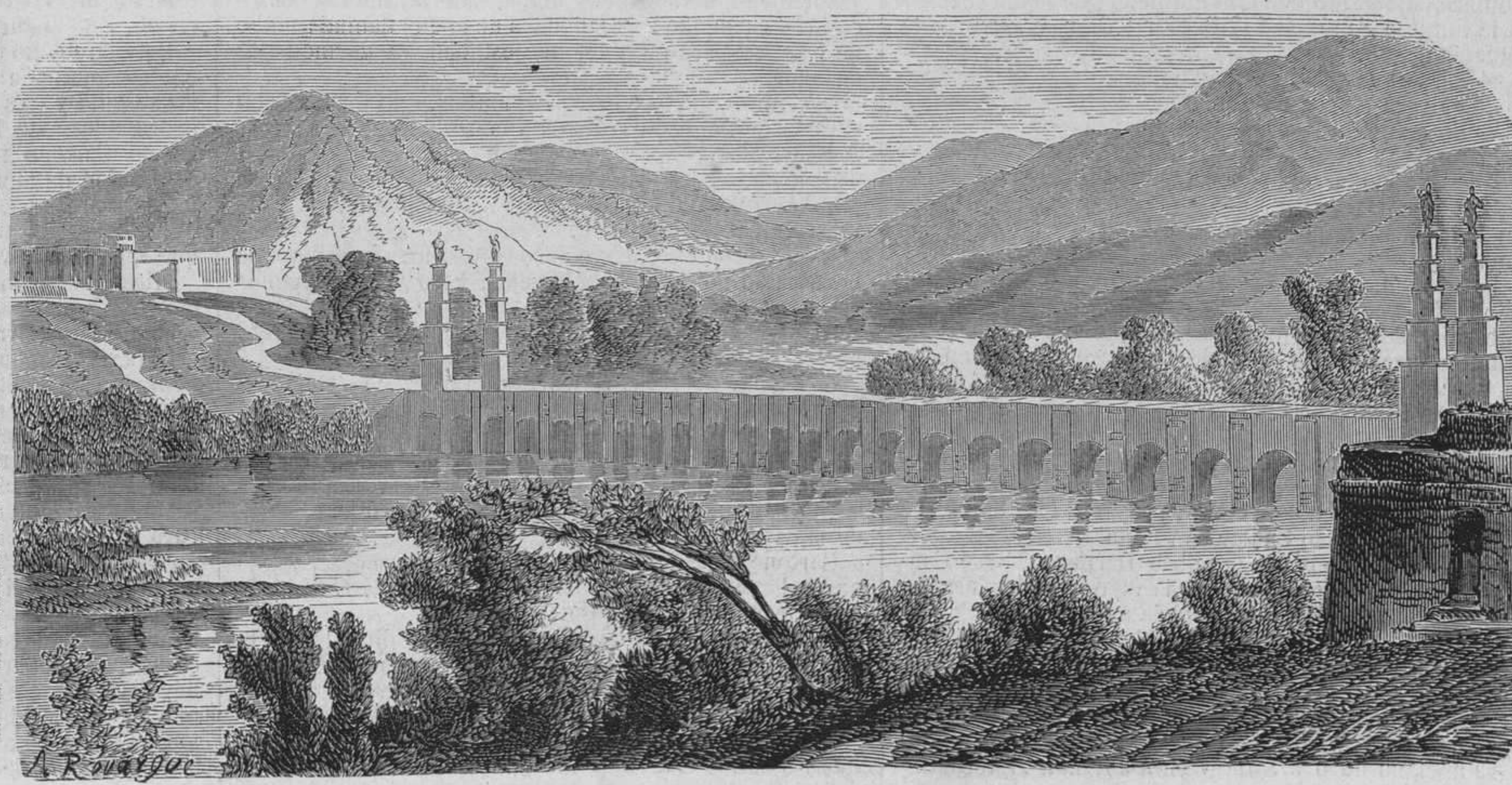
La Mesa Redonda, entre Lagos y San Juan de los Lagos.



San Juan de los Lagos.



El Rio Grande en Puente Calderon.



El puente de Toluatlan sobre el Rio Grande.

tán cubiertas de vegetación, y se encuentran vestigios de un encinar muy vasto.

Tepatitlan es un pueblo mal empedrado, con casas ruinosas, dos antiguas iglesias y un convento; está situado sobre un cerro y domina una rica llanura bien regada. Debe su importancia a la industria agrícola de sus habitantes, industria muy decaída hoy por falta de brazos.

En Tepatitlan se entrega una guerrilla de 400 hombres mandada por un jefe famoso, José Cuellar.

El 3 de enero la brigada de vanguardia llega a la aldea de la Joya, donde se encuentra una partida de 800 jinetes con tres obuses de montaña. Estos hombres, a las órdenes del coronel Vidalreñería, se adhieren a la intervención y al punto son incorporados en el ejército de Marquez.

A corta distancia de la Joya está Puente Calderon, fuerte posición militar célebre por la derrota de los mejicanos cuando la insurrección de 1810.

Sigue luego la rica aldea de Zapotlanejo, situada en medio de naranjos, limoneros y campos de caña dulce; parece un oasis en medio del desierto, pues desde Tepatitlan el país es árido y miserable; sus escasos habitantes pálidos y minados por la fiebre se muestran sentados en sus puertas como si estuviesen esperando la muerte.

Esta aldea de Zapotlanejo es célebre también en la historia de la independencia mejicana, por la derrota que produjo la muerte de Hidalgo, el cual triunfante primeramente en las Cruces, fué batido a su vez en Aculco, y tuvo que retirarse a Guadalajara, pero le seguía de cerca el general Calleja que no dejó escapar en Zapotlanejo la ocasión de dispersar al ejército de los sublevados. Diez y ocho mil hombres quedaron en el campo de batalla, y los jefes Hidalgo, Allende y Abasolo, que tuvieron que huir con precipitación, fueron hechos prisioneros en Chihuahua el 21 de marzo de 1811, y fusilados el 4 de enero.

Antes de llegar al puente de Toluotlan, construido sobre el río Grande, se atraviesa uno de sus afluentes, el Laja, que tiene en sus orillas hermosos y grandes árboles.

La situación de Toluotlan es excelente para defender el paso del río, y así es que los mejicanos habían levantado algunas pequeñas obras, con las cuales se podía defender el paso del puente, que es bastante largo y muy angosto; pero esto solo servía para cobrar impuestos a los desdichados habitantes. El río es ancho, impetuoso, y corre con estrépito en medio de un paisaje de los más pintorescos. A. C.

(Se continuará.)

Paris y Londres en 1793.

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS POR CARLOS DICKENS.

(Continuación.)

Cruncher saludaba a su amo golpeándose la frente con el dorso de la mano cuando salían Sydney Cartone y el espía del aposento inmediato.

— Adios, señor Barsad; quedamos acordados, y nada debéis temer, dijo Cartone.

Y tomó una silla y se sentó al lado del anciano, que tan pronto como estuvieron solos, le preguntó:

— ¿Qué habéis conseguido?

— Poca cosa, respondió Cartone; si es sentenciado a muerte, me introduciré en el calabozo de Darnay.

El rostro de M. Lorry expresó su descontento.

— Es todo lo que he podido conseguir, repuso Cartone; exigir más hubiera sido poner la cabeza de ese hombre bajo el filo de la guillotina. ¿Qué podía suceder si le hubiese denunciado? Perder toda la ventaja de la situación.

— Pero si es sentenciado a muerte, dijo el anciano, no le salvará el que entreis en su calabozo.

— No he dicho yo lo contrario.

Los ojos de M. Lorry se fijaron en la chimenea.

El cariño que sentía por Lucía y lo imprevisto de aquel golpe tan terrible debilitaron su valor; era ya un anciano abatido por la inquietud, y vertió lágrimas amargas.

— Sois un hombre excelente, un verdadero amigo, dijo Sydney con voz conmovida. Perdonad si sorprendo vuestro dolor, pero no podría permanecer insensible ante las lágrimas de mi padre, y vuestra aflicción me es tan sagrada como me hubiera sido la suya. Afortunadamente no teneis el disgusto de llamarme hijo vuestro.

Aunque pronunció estas palabras con aparente indiferencia, había en su voz una expresión de respeto y sentimiento a la cual no estaba preparado M. Lorry que nunca le había oído hablar con tanta formalidad.

— Pero volvamos a ese pobre Darnay, repuso Cartone estrechando con emoción la mano que le alargaba el anciano; sobre todo no habéis a su mujer de la entrevista que me han prometido. Como el arreglo que hemos hecho entre Barsad y yo no permitiría que ella pudiera ver al reo, es inútil por lo tanto hablarle de este asunto; se figuraría que he pedido esta entrevista para proporcionar a su marido algún medio de suicidio.

El anciano miró a Sydney para adivinar si verdaderamente abrigaba semejante designio.

— Se imaginaria una infinidad de cosas, prosiguió

Cartone que había comprendido la mirada del banquero, y esto solo contribuiría a aumentar su inquietud. No le habéis de mí, y como os he dicho antes, es preferible que no la vea. ¿Vais a su casa? ¿Qué desconsolada estará!

— Voy al momento.

— ¡Me alegro; os quiere tanto! ¿Está muy cambiada?

— Su tristeza es profunda, pero está tan hermosa como siempre.

La exclamación de Cartone fué un sonido prolongado, triste como un suspiro, casi como un sollozo.

Sorprendido M. Lorry al ver el dolor comprimido que revelaba esta exclamación, se volvió hacia Cartone que tenía el rostro inclinado sobre la chimenea. Una sombra ó un rayo (el anciano no podía asegurar si era una de estas dos cosas) pasó por su frente con tanta rapidez como la luz en la cima de un monte cuando asoma el sol entre las nubes, y rechazó con el pie uno de los tizones encendidos que había caído hacia fuera.

Cartone llevaba un sobretodo de paño blanco y las botas de campana que estaban entonces en boga, y la llama al reflejarse en su traje, aumentó su palidez.

M. Lorry le advirtió con viveza que el pie, que continuaba apoyado en el tizon, estaba en medio de las ascuas.

— No lo había advertido, dijo.

El tono con que pronunció estas palabras, le atrajo nuevamente la mirada del anciano que, al ver sus facciones marchitas, pensó sin quererlo en el rostro demudado de los presos.

— Así pues, dijo Cartone volviéndose hacia el anciano, muy pronto partireis de Paris.

— Si; como os decía ayer noche cuando entró Lucía, nada me detiene ya en esta ciudad, tengo los pasaportes arreglados, y estoy pronto a partir.

Reinó un intervalo de silencio.

— Teneis una larga carrera de la que podeis acordaros, repuso Cartone con ademán pensativo.

— Muy larga en efecto; tengo setenta y ocho años.

— Siempre habéis sido útil, habéis estado constantemente ocupado, y poseéis la confianza, el respeto y el aprecio de todos.

— Estoy en casa de Tellson desde que tuve uso de razón; casi era un niño cuando principié a trabajar.

— ¡Qué puesto ocupais aun en los negocios! ¡cuántas personas os llorarán! ¡qué vacío tan grande dejareis en el mundo!

— ¡Un viejo solterón! dijo M. Lorry moviendo la cabeza. ¿Quién podrá llorar mi muerte?

— ¡Oh! señor Lorry... os llorará ella; tendreis sus lágrimas y las de su hija.

— Es cierto; no sabía lo que me decía.

— Y eso me parece que vale la pena para que se den gracias a Dios.

— Si, si; también me lo parece a mí.

— Pero si en el fondo de vuestro corazón solitario os dijeseis esta noche: «No me he atraído la gratitud y el aprecio de nadie en el mundo, no he merecido ningún cariño, no he hecho nada bueno ni útil de que puedan acordarse,» ¿no os pesarian vuestros setenta y ocho años como otras tantas maldiciones?

— Es indudable.

Cartone miró los tizones y permaneció silencioso.

— Quisiera haceros una pregunta, dijo después de una pausa bastante larga. ¿Os parece muy lejana vuestra infancia? ¿os parece que es una época muy remota la edad en que estabais sobre el regazo de vuestra madre?

— Me lo parecía veinte años atrás, pero no ahora; cuanto más me acerco al fin, más próximo estoy al principio. Esta es una de las cosas que a mi edad hacen más fácil y suave el camino; mi corazón se conmueve con una multitud de recuerdos que en otro tiempo dormían; evoco en mi memoria el hermoso rostro de mi madre, que tan vieja sería ahora, la veo en su juventud, y por medio de las ideas que despierta, me encuentro en los días en que las realidades de lo que llaman mundo no existían para mí y en que estaban en germen mis defectos.

— Comprendo lo que experimentais, dijo Cartone con entusiasmo. Y eso os alienta y consuela ¿no es cierto?

— Sí.

Se levantó para ayudar al anciano a ponerse el abrigo.

— Pero vos, le dijo el banquero continuando la conversación, vos sois joven.

— Sí, respondió, tengo pocos años, mas la senda que he seguido no conduce a la vejez. Pero ¿porqué hemos de ocuparnos de mi persona?

— ¿Y de la mía? dijo el anciano. ¿Venis conmigo hasta la puerta?

— Sí; he de salir. Si volviera tarde, no esteis con cuidado; ya sabeis mis hábitos. ¿Ireis al tribunal?

— Desgraciadamente debo ir.

— Estaré allí confundido entre la multitud. Aceptad mi brazo.

Algunos minutos después el anciano llegó a la puerta de la casa del doctor.

Cartone se despidió, pero después de recorrer algunas calles inmediatas, volvió a la puerta de Lucía y la tocó con mano respetuosa.

— De aquí salía todos los días para dirigirse a la cárcel, dijo; tomaba esa calle y después aquella. Ha andado sobre estas piedras; sigamos la huella de sus pasos.

Eran las diez cuando llegó al extremo de la calle tortuosa a donde ella había ido tantas veces.

El serrador había cerrado su barraca y fumaba delante de la puerta.

— Buenas noches, ciudadano, le dijo el inglés parándose, porque el hombrecillo le examinaba con atención.

— Buenas noches, ciudadano.

— ¿Cómo va la República?

— Querrás decir la guillotina; no va mal: sesenta y tres cabezas hoy, y muy pronto llegaremos al centenar. El verdugo y sus ayudantes se quejan de cansancio.

El hombrecillo prorumpió en una carcajada estúpida y añadió:

— ¡Qué picaruelo es Sanson... y qué buen barbero!

— ¿Vais alguna vez a verle?...

— ¿A verle trabajar? Todos los días. ¿No le habéis visto trabajar nunca?

— Nunca.

— Creedme, no dejéis de ir, y escoged una buena hornada. Figuraos, ciudadano, que hoy ha afeitado sesenta y tres cabezas en dos pipas, en menos de dos pipas, ciudadano; palabra de honor.

El hombrecillo le enseñó al decir esto la pipa llena de tabaco para explicar el modo con que media el tiempo.

Cartone experimentó tan vivo deseo de estrangularle que se volvió para alejarse.

— No sois inglés aunque lleveis el traje, dijo el serrador.

— ¿Porqué lo decís? respondió Cartone parándose.

— Porque hablais como un francés.

— He hecho mis estudios en Paris.

— Cualquiera diría que habéis nacido en Francia. ¡Buenas noches!

— Buenas noches, ciudadano.

— No dejéis de ir a ver a ese diablo de Sanson, dijo el serrador con instancia, y sobre todo, llevaos una pipa.

Cuando Sydney perdió de vista al patriota, se paró debajo de un reverbero, y escribió dos líneas con lápiz sobre un pedazo de papel.

Andando después con la firmeza de una persona que sabe el camino, atravesó varias calles negras y tanto más sucias en cuanto en aquellos días de terror ni aun se barriaban las principales, y se paró delante de una tienda de farmacéutico cuyas puertas cerraba este lentamente.

Era una botica pequeña, oscura, llena de potes viejos, y el que la dirigía era un hombre bajo, flaco y cojo.

Sydney, después de saludar al farmacéutico, que había vuelto a entrar en la tienda, le presentó el pedazo de papel.

El boticario leyó la nota en voz baja, y dijo a Cartone:

— ¿Es para vos, ciudadano?

— Para mí.

— Los guardareis aparte, ciudadano. ¿Sabeis lo que resultaria de esta mezcla?

— Lo sé muy bien.

El farmacéutico hizo varios papeles, y Cartone se los colocó uno por uno en el bolsillo más interior de su traje, pagó lo que debía y salió de la botica.

— Nada más tengo que hacer hasta mañana, dijo mirando las nubes que el viento empujaba con rapidez; sin embargo, me sería imposible dormir.

En el acento con que pronunció estas palabras no se revelaba la indiferencia ni el reto, sino el sentimiento de un hombre que, después de extraviarse, ha buscado por mucho tiempo su camino, y abrumado de cansancio, encuentra la senda que hubiera debido tomar y ve su término.

Era aun casi un niño, en la época en que daba tantas esperanzas por su talento, cuando siguió el fétido de su padre (su madre había muerto algunos años antes), y mientras recorría las calles oscuras donde la luna, rasgando las nubes, aparecía a intervalos, acudían a su memoria las palabras solemnes que había leído en el cementerio.

«Soy la resurrección y la vida, dice el Señor; el que cree en mí vivirá aunque haya muerto, y el que vive en mí, está seguro de vivir eternamente.»

Solo en medio de aquella noche de invierno, en una ciudad dominada por el cadalso, pensando con dolor en las sesenta y tres cabezas que habían caído aquel día y acordándose de los presos a quienes esperaba igual suerte, Cartone hubiera podido descubrir fácilmente la asociación de ideas que traían estas palabras a su memoria como una ánora perdida hacia mucho tiempo en el fondo del mar, pero no la buscó, y no hizo más que repetir las palabras sagradas siguiendo su camino.

Miraba con emoción las ventanas de los aposentos donde sus habitadores iban a encontrar en el sueño el olvido de los horrores del día; se paraba en el atrio de las iglesias donde nadie oraba ya; pensaba en los sitios consagrados al eterno descanso, como lo decía la inscripción puesta en las verjas de los cementerios, y pensaba en las cárceles llenas de víctimas, en el camino que seguían los reos para dirigirse al suplicio, que había llegado a ser tan familiar, que nadie hablaba del espectro vengador que visitaba el espíritu de la multitud para acusarle por la obra de la guillotina. Y tomando un verdadero interés por la vida que dormitaba en la sombra, cruzó el río y llegó a las calles mejor alumbradas.

Encontró allí pocos carruajes. El que hubiese salido en coche, hubiera pasado por sospechoso, y las personas distinguidas, ocultando su cabeza bajo el gorro republicano, calzaban zapatos rústicos y andaban por el lodo. Pero los teatros eran muy frecuentados, y la multitud que salía de ellos se deslizó alegremente junto a Cartone, y se dividió después en pequeños grupos que se dirigieron en animada conversación a sus casas.

Delante de uno de estos teatros, una niña y su madre buscaban con la mirada el sitio menos lleno de lodo para cruzar la calle. Sydney cogió la niña, se pasó al lado opuesto, y antes que el brazo infantil se desprendiera de su cuello, pidió un beso á la niña.

« Soy la resurreccion y la vida, dice el Señor; el que cree en mí vivirá, aunque haya muerto, y el que vive en mí, está seguro de vivir eternamente. »

Las calles estaban silenciosas, se acercaba la aurora, y las palabras del texto sagrado estaban en el eco de sus pasos y en los murmullos del viento.

Pasó la noche.

Mientras Cartone, apoyado en el pretil de un puente, escuchaba cómo azotaba el Sena los murallones de la Cité y miraba el conjunto pintoresco del antiguo Paris alumbrado por la luna, el día asomó friamente como una faz muerta que salía del cielo, las estrellas y las tinieblas palidecieron y se borraron, y durante algunos momentos la creacion pareció dominada por la muerte.

Pero el sol, asomando con toda su gloria, repitió las palabras de vida que resonaron en cada uno de sus rayos.

Cartone las sintió vibrar en su corazón, y contempló con respetuosa mirada el arco luminoso que entre él y el sol se desplegaba y bajo el cual centelleaba el río.

La corriente rápida y profunda se le apareció al través del aire tranquilo de la mañana como una amiga cuya esencia era igual á la suya. Se acercó al río, y tendiéndose sobre la orilla, se durmió á la claridad del día.

Al despertar se paseó junto al agua durante algunos momentos, y mirando una onda que daba vueltas sin objeto, dijo cuando el río se apoderó de ella y la arrastró para lanzarla al mar :

— ¡Es como yo!

Pasó ante sus ojos y desapareció un barco cuya vela tenía el color de una hoja marchita, y al mismo tiempo la oración que se alzaba en su corazón para implorar á Dios que tuviese piedad de sus faltas, se terminó con estas palabras :

« Soy la resurreccion y la vida, y el que vive en mí, está seguro de vivir eternamente. »

El anciano había salido ya cuando Sydney entró en su casa.

Era fácil adivinar á dónde había ido aquel amigo excelente.

Sydney tomó una taza de café, comió un poco de pan, cambió de traje y se dirigió al tribunal.

Reinaba en la sala un gran tumulto cuando el espía hizo penetrar á Cartone en el ángulo mas oscuro y este se confundió entre la multitud.

M. Lorry y el doctor estaban en la primera fila, y Lucia se hallaba al lado de su padre.

Cuando entró Darnay la jóven dirigió hácia él una mirada tan llena de valor y cariño, que la sangre generosa animó el rostro del acusado y vivificó su corazón. Si alguno hubiera podido observarlo, habría visto que la mirada de la jóven ejercía la misma influencia en Cartone que en el preso.

Ante aquel tribunal excepcional ninguna forma de procedimiento garantizaba el derecho de defensa. Si en otro tiempo no se hubiera hecho un abuso tan monstruoso de las formalidades y de las leyes, la justicia revolucionaria no habría llevado la venganza hasta el extremo de suicidarse para lanzar á los vientos los restos del antiguo orden judicial.

Todos los ojos estaban fijos en el jurado formado de los mismos patriotas que lo componían el día anterior y que lo componían el día siguiente. Distinguiase sin embargo entre sus miembros un hombre de rostro flemático, cuyos dedos vagaban perpétuamente en torno de sus labios y que con su presencia causaba una viva satisfacción á la multitud. Este patriota sediento de sangre, de mirada salvaje y de ideas mortíferas era el Juan tercero de la guardia de San Antonio, y todo el tribunal en masa formaba una trailla de perros elegida para juzgar al gamo.

Cada mirada examinó despues al acusador y á los cinco jueces. No debía temerse por su parte la menor debilidad, porque se veía en sus rostros una expresion fria y cruel, una gravedad impasible y una marcada tendencia al asesinato legal.

Todos los ojos se buscaron en la multitud y se designaron el tribunal con una sonrisa de aprobacion, y todas las cabezas se hicieron mutuamente una seña de júbilo antes de inclinarse con atencion ante los jueces.

— Carlos Evremont llamado Carlos Darnay, gritó una voz, absuelto en la mañana de ayer, acusado nuevamente en el mismo día, preso por la noche, denunciado como enemigo de la República, aristócrata, individuo de una familia de tiranos, de una raza proscrita por haber empleado sus privilegios en la infame opresion del pueblo, en virtud de cuya proscripcion, Carlos Evremont llamado Carlos Darnay ha muerto civilmente.

El fiscal pronunció sobre este punto un dictámen lacónico.

— ¿El acusado ha sido denunciado abierta ó secretamente?

— Abiertamente.

— ¿Por quién?

— Por tres individuos.

— ¿Sus nombres?

— Ernesto Defarge, tabernero en el barrio de San Antonio.

— Bien.

— Teresa Defarge, su mujer.

— Bien.

— Y Alejandro Manette, doctor en medicina.

Tumulto en la sala.

Se ve al doctor Manette pálido y temblando de pié en el sitio que ocupa.

— Presidente, exclama, protesto. La acusacion que se me atribuye es una mentira, una abominable calumnia. Sabeis que el acusado es esposo de mi hija, y los seres que ella ama son para mí mas preciosos que la vida. ¿Quién es el infame que ha podido decir que denunciaba al que es la alegría de mi hija?

— Calmate, ciudadano Manette; la falta de sumision al fallo del tribunal te pondría fuera de la ley. En cuanto á los individuos que son para tí mas preciosos que la vida, nada puede ser tampoco mas precioso que la República á un buen ciudadano.

Vivas aclamaciones acogen esta reprension.

El presidente agita la campanilla y continúa con entusiasmo :

— Si la República te pidiera tu propia hija, tu deber sería sacrificársela. ¡Oye y calla!

Vuelven á oirse furiosos aplausos; el doctor se sienta abatido con los labios trémulos y mirando en torno suyo; su hija se acerca á él con ternura, y el patriota flemático se frota las manos y se lleva la derecha á los labios.

Llaman á Defarge á declarar luego que se restablece el silencio, y el tabernero cuenta brevemente que servía al doctor en la época en que este fué preso, y explica el estado en que se encontraba el cautivo cuando consiguió la libertad despues de diez y ocho años de prision.

— ¿No te distinguiste en la toma de la Bastilla, ciudadano?

— Yo lo creo.

— Peleaste como un valiente, ¿porqué no has de decirlo? gritó una mujer cuya voz penetrante se alzó en medio de la multitud. Disparaste como un héroe el cañon y fuiste uno de los primeros que entraron en la fortaleza maldita. Patriotas, no digo mas que la verdad.

Esta mujer era la Venganza, que con satisfacción general, interrumpía la audiencia.

El presidente la llamó al orden.

— Me burlo de tu campanilla, gritó ella con descaro. Y ahogaron su voz frenéticos aplausos.

— Informa al tribunal, ciudadano, de lo que hiciste despues de penetrar en la Bastilla.

— Sabia, respondió Defarge, lanzando una mirada á su mujer, que desde el banco á donde se había subido para hablar, tenía los ojos fijos en él, sabia que el preso en cuestion había ocupado el número 103 de la torre del Norte. En la época en que hacia zapatos en mi guardilla no se daba otro nombre que el número de su calabozo. El día de la batalla, mientras cargaba mi cañon, resolví entrar en la plaza luego que se rindiera y examinar el número 105. Vence el pueblo, entro, subo á la prision con un amigo que actualmente es miembro del jurado, examino el aposento con cuidado y encuentro detrás de una de las piedras de la chimenea estos papeles. Conocía la letra del preso, y ví que era la misma. Puedo por lo tanto afirmar que estas líneas son escritas del puño y letra del doctor Manette, y os las entrego, presidente, tales como las encontré.

— ¡Que se lean! ¡que se lean! gritó la multitud.

En medio del mas profundo silencio, mientras el acusado miraba á su mujer con ternura, en tanto que Lucia no apartaba sus ojos de su esposo sino para mirar á su padre, en tanto que la señora Defarge clavaba los suyos en el acusado, el tabernero contemplaba á su mujer que triunfaba, y todo el auditorio examinaba al doctor, el cual no veía mas que al presidente, este principió á leer el papel que le había entregado el testigo.

CAPITULO X.

EL CUERPO DE LA SOMBRA.

« Yo, Alejandro Manette, doctor en medicina, natural de Beauvais, residente en Paris, escribo estas líneas en el calabozo que ocupo en la Bastilla en diciembre de 1767. Lo hago á ratos perdidos, y me cuesta gran trabajo llevar adelante mi obra. Tras largos esfuerzos, he separado una piedra de la pared interior de la chimenea, y detrás de ella tengo intencion de ocultar estas páginas. Tal vez alguna mano caritativa las encontrará algún día, cuando no sea mas que polvo y mis dolores no serán ya ni aun un recuerdo.

» Estas palabras están trazadas con la punta de un clavo mojado en hollín diluido en mi sangre, y tan pobres medios hacen que mi tarea sea muy difícil.

» A fines del presente mes hará diez años que estoy en esta prision, y he perdido completamente la esperanza. Terribles sintomas me advierten que muy pronto se alterará mi razon, pero juro que en este momento estoy en posesion de toda mi inteligencia, que mis recuerdos son exactos, y que estoy pronto á responder ante el Juez Eterno de la verdad de las líneas que trato de escribir. Son las últimas que saldrán de mi mano, y las escribo con conciencia, estén ó no destinadas á caer mas adelante en manos de los hombres.

» El 22 de diciembre de 1757, una noche oscura, aunque hacia luna, me paseaba por la orilla del río á una gran distancia de mi casa, que estaba situada en la calle de la Escuela de Medicina, cuando oí el ruido de un carruaje que venia rápidamente detrás de mí. En el momento de apartarme para dejarle sitio, una persona se asomó á la portezuela, mandó al cochero que parase, y me llamó por mi nombre. Me dirigi hácia el carruaje, que los caballos habían llevado á bastante distancia antes que los pudieran detener; y dos caballeros que ha-

bían salido de la carroza me esperaban al lado de la portezuela. Iban embozados en anchas capas como si hubieran tenido intencion de ocultarse; pero vi que eran de mi misma edad, tal vez mas jóvenes, y me parecieron de una excesiva semejanza: la misma estatura, la misma voz y la misma cara.

» — ¿Sois el doctor Manette? me preguntó uno de los dos hermanos.

» — Sí, señor.

» — ¿Sois el que habitaba en Beauvais, y que desde su llegada á Paris se ha adquirido una gran reputacion? dijo el otro.

» — Yo soy esa persona de quien habláis de un modo tan lisonjero, les respondí.

» — Hemos ido á vuestra casa, nos han dicho que probablemente os encontraríamos aquí, y nos hemos apresurado á venir á buscaros. Doctor, dignaos subir al coche.

» Estas últimas palabras fueron pronunciadas con tono imperioso.

» Los dos hermanos se habían colocado de modo que me era imposible huir; llevaban además armas, y yo no tenía ninguna.

» — Señores, les dije, perdonad que os diga que acostumbro á preguntar quien me hace el honor de pedir mis servicios, y cuál es la clase de enfermedad que necesita mis cuidados.

» — Doctor, me respondieron, los que os llaman son personas distinguidas, y en cuanto á la enfermedad que reclama vuestro auxilio, cuando veáis al enfermo, vuestra ciencia la juzgará mucho mejor que nosotros podríamos explicarla. Pero dejémonos de rodeos: tened la bondad de subir.

» Me vi obligado á ceder, y obedecí en silencio.

» Los dos nobles subieron despues, la portezuela se cerró, y los caballos partieron á escape.

» Me he visto obligado á suspender mi narracion y á ocultar el papel en el escondite de la pared.

» El coche cruzó la barrera y dejó detrás á Paris.

» Despues de andar unos tres cuartos de hora por la carretera, entró en una calle de árboles y se paró delante de la verja de una casa aislada.

» Bajamos del coche, y cruzando un jardín inundado por una fuente cuyas aguas rebosaban, llegamos á la casa. La puerta se abrió al primer campanillazo, y uno de mis compañeros azotó con su guante de piel la cara del criado que nos había abierto.

» Esta accion no me causó la menor sorpresa, pues estaba acostumbrado á ver castigar á las personas de infima clase con mas frecuencia que á los perros; pero el otro noble descargó una bofetada al criado sin duda para desahogar su mal humor, y aunque se sirvió del dorso de la mano en vez de emplear un guante, su ademán fué tan parecido al del primero, que llamando mi atencion su semejanza, comprendí que aquellos dos jóvenes debían ser gemelos.

» Luego que traspuse la verja, que uno de los hermanos había cerrado con cuidado, oí gritos que salían de un aposento del primer piso.

» Me hicieron subir la escalera, me introdujeron en este aposento, y vi tendido en el lecho un enfermo atacado de fiebre y de delirio.

» Era una mujer tan hermosa como jóven, pues apenas tendría unos veinte años. Sus cabellos estaban despeinados, y sus brazos atados con fuerza al cuerpo por medio de una faja de seda y de varios pañuelos de bolsillo salidos indudablemente del guarda-ropa de un noble, porque en una de las puntas de la faja se veía bordado un escudo de armas con una corona de marqués.

» Estoy seguro de ello; en el momento de acercarme á la cama, la desgraciada mujer, que se retorcia convulsivamente, llegó á coger la punta de la faja con los dientes, y se hubiera ahogado á no haberle quitado la tela de la boca. Entonces ví las armas y la letra E que formaban la marca.

» Despues de acostar con tiento á la enferma de espaldas, apoyé mi mano en su pecho para conservarla en la posición en que la había colocado, y le examiné la cara. Tenía los ojos desmesuradamente abiertos, y en medio de los gritos penetrantes que salían de sus labios, se distinguían estas palabras que pronunciaba con desesperacion :

» — ¡Esposo mio! ¡padre mio! ¡hermano mio!

» Despues contaba hasta doce, articulaba la palabra ¡chist! y tras un instante de silencio volvía á gritar, y repetía las mismas palabras con el mismo orden, igual entonacion, los mismos gritos y la misma mirada.

» — ¿Hace mucho tiempo que se encuentra en este estado? preguntó.

» Uno de los dos hermanos, el que llamaré el mayor porque parecia tener mas autoridad, me respondió :

» — Unas veinte y cuatro horas.

» — ¿Tiene un marido, un padre y un hermano? continué.

» — Un hermano.

» — ¿Puedo verle?

» — No, respondió el noble con acento de desprecio.

» — ¿A qué se refiere el número doce que no cesa de repetir?

» — A la hora que era entonces, dijo el mas jóven con impaciencia.

(Se continuará.)

VERIDICA HISTORIA DEL SEÑOR CRIPTOGAMO PAPANATAS.

TERCERA PARTE. — (Véase el número 582.)



Elvira hace admirar á su futuro el astro brillante del día; á su futuro le parece redondo como un queso y tan agradable como un farol.



A ella el amor le parece infinito como el Océano, y á él le parece el Océano tan fastidioso como el amor.



Para distraer á su futuro organiza una partida de gallina ciega.



Cuando le toca su vez á Elvira, Criptógamo se sube quedito sobre cubierta.



Allí sondea la profundidad de su situación.



Y desdeña una soberbia mariposa.



Todo su porvenir está destruido.



Elvira, despues de haber dado muchas vueltas, se baja el pañuelo, y viéndose sola corre sobre cubierta.



Criptógamo que ya no se ve solo, salta á la mar.



Elvira salta detrás de su futuro.



El capitán salta para salvar á Elvira.



La tripulación salta para salvar al capitán.



Los animales domésticos saltan por seguir á su amo.



Las ratas saltan por espíritu de imitación.



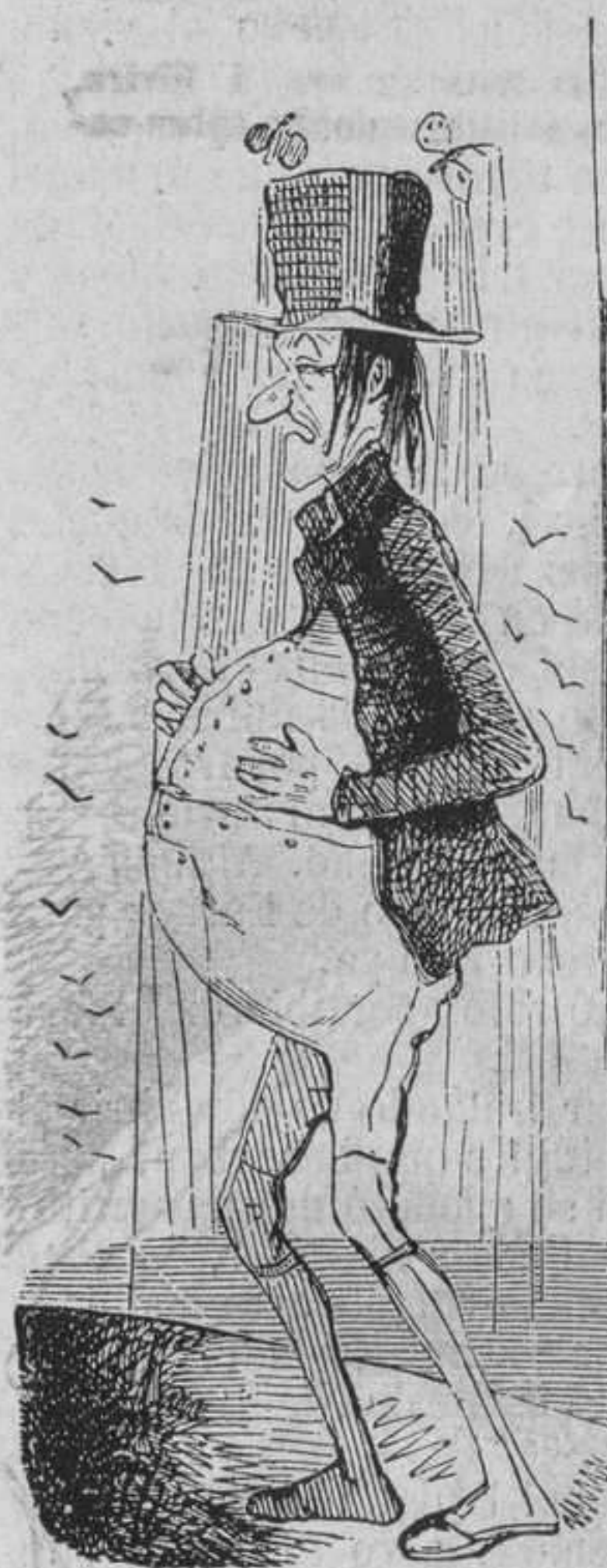
Y un bergantin argelino se apodera del buque que ha quedado vacío.



Una vez dueños del buque, los moros se apresuran á pescar la tripulación con el fin de que pague rescate.



Viendo que pescan á Elvira, trata Criptógamo de no ser pescado.



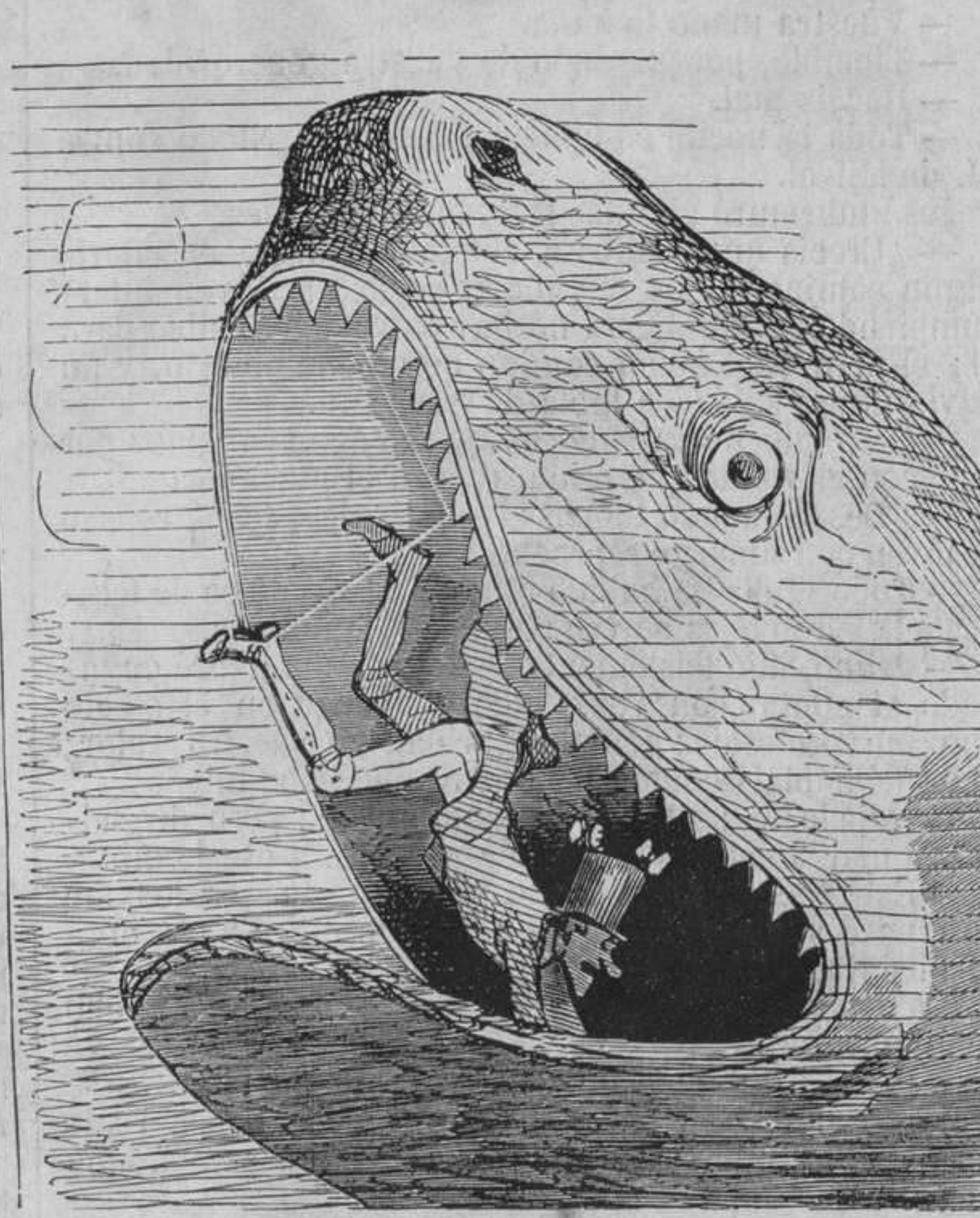
Pero se traga muchas arrobas de agua salada antes de llegar á un islote que tiene á la vista.



Por desgracia el islote se pone á dar brincos.



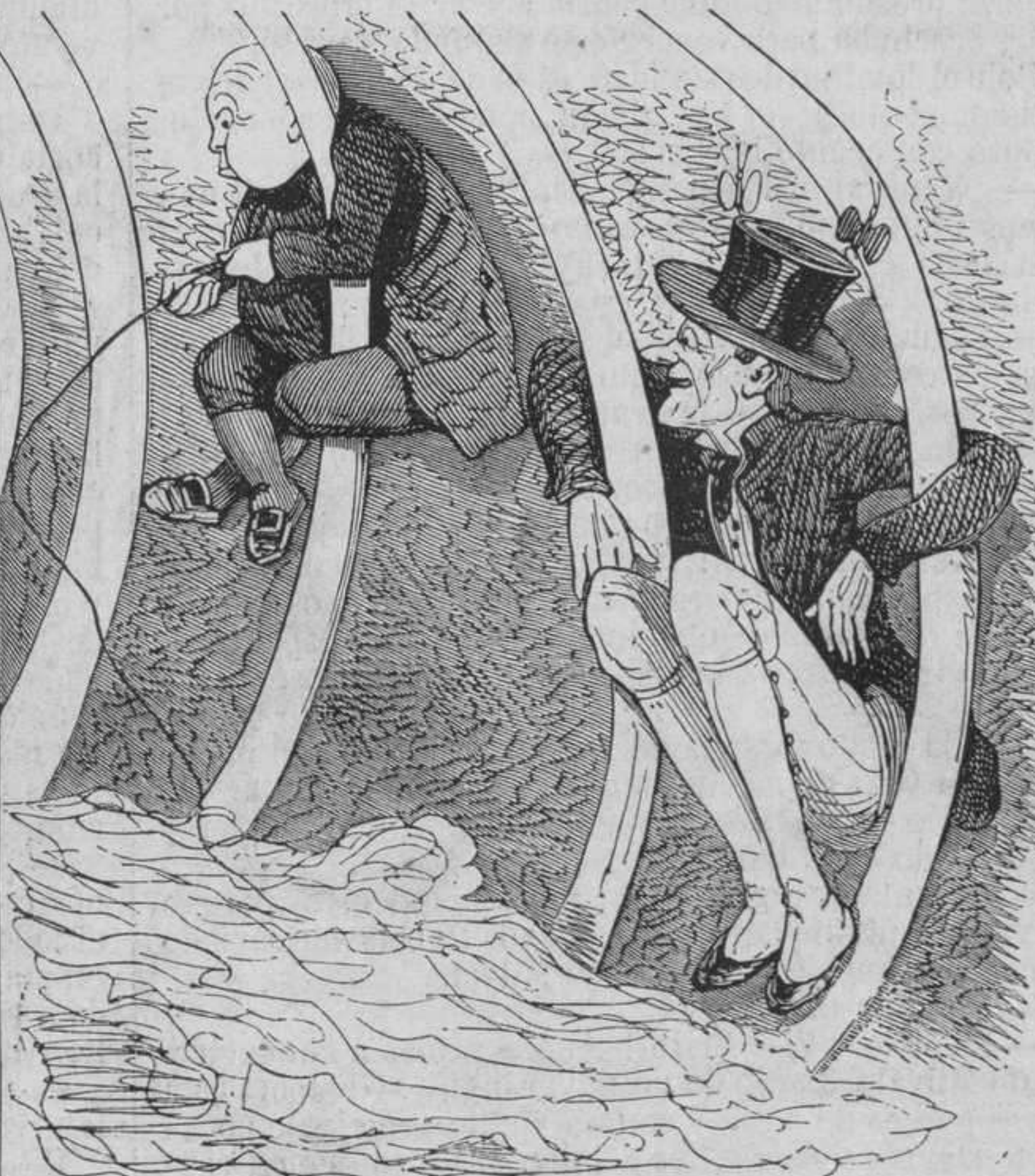
Y Criptógamo se columpia.



El islote se traga á Criptógamo.



Llegado felizmente al vientre de la ballena, Criptógamo lucha allí contra la corriente digestiva.



Después de haberse afianzado un poco, distingue á su lado con agradable sorpresa á un caballero que está pescando en la corriente.



Se cuentan sus aventuras, y el caballero expone que domiciliado hace tres meses sobre una costilla, trata de pescar su peluca.

(Se continuará.)

El corredor de playa.

(Continuacion.)

— Mira, debe haberte oído, porque sale de su cuarto.
— Primo, repuso vivamente Bella, es preciso que os vistais como cuando vais al mar: la noche está fría, y pudiéramos tener que alejarnos.

Un gruñido semejante al del hombre que siente ver interrumpido su sueño, fué la única respuesta que obtuvo.

— Pero aguarda, encenderé luz.
— Es inútil, tía, vamos a partir al punto.
— ¿Con que al fin Ko le ha delatado? pues mucho os va a costar salvarle, Bella.

— Rogad por él, tía, mientras nosotros intentamos un último esfuerzo para salvarle de la muerte.

— ¡La muerte! ¿pues qué crimen ha cometido?
— Es noble y emigrado, tía.
— ¡Pobre jóven!

José estaba ya listo, y en pocas palabras le puso Bella al corriente de los sucesos.

— ¡Siempre ese extranjero! murmuró el pescador. Pero no importa: retorceré el cuello al infame Ko.

— ¡Un extranjero! replicó Bella. ¿Lo es para vos un hombre cuya vida peligra?

— Dejemos eso: he prometido acompañarle, y cumpliré mi promesa. Despachemos, cuanto antes mejor; y salió con la jóven de la cabaña de la tía Clara.

Cuando estuvieron a unos cien pasos de la morada de José, Bella le detuvo, y tomando su mano, exclamó:

— Escuchad, primo: voy a revelaros un secreto y a pedirós un servicio que pagaría hasta con mi propia vida.

— Vuestra mano tiembla.
— Tiemblo, porque dudo de vuestra generosidad.
— Hacedis mal.
— Toda la noche os habeis mostrado irritado contra M. de Milval.

José murmuró algunas frases ininteligibles.

— ¿Creeis que vamos a conducirlo hasta enseñarle algun camino?... os engañais, repuso la jóven interrumpiéndole. Por tierra no hay salvacion posible para él; el mar es el único camino que tiene abierto, y un navio inglés su única tabla de salvacion.

— Creo que no intentareis que le acompañemos por mar con el viento que reina, repuso el pescador.

— ¿Desde cuándo temeis al mal tiempo, José? repuso la jóven con amargo reproche.

— Todo el dia ha habido nieves: el viento es de tempestad, y a lo lejos se ven algunos relámpagos.

— Primo, dijo tristemente la jóven, ¿me habré engañado al contar con vos? tenía confianza en el afecto que me profesais; tenía seguridad en vuestro valor; ¿porqué hablais como un hombre que tiene miedo?

— ¡Miedo!... no tengo miedo de nada; pero no saldré al mar a estas horas y por salvar... a ese hombre.

— Está bien, volved a vuestra casa, José. Dios me iluminará y me dará fuerzas para cumplir sola esa obra de misericordia.

Y a estas palabras siguió un breve silencio. Al cabo de él murmuró el pescador.

— José es un buen muchacho, y por no alligiros se arrojaría al fuego: si los otros compañeros están advertidos, iré al mar con ese extranjero, no por él, sino por vos, que me lo exigis.

— No tendreis mas que un compañero, José, repuso la jóven turbada.

— ¿Y cómo quereis que dos podamos dominar las velas en una noche de viento?

— Con voluntad firme y confianza en Dios, todo se alcanza; la barca no es grande, y en caso de necesidad un hombre puede manejar las velas mientras otro dirige el timon.

— No es imposible, con tal que el otro tenga buenos puños: ¿es el Rojo?

— No, José, soy yo; yo dirigiré el timon: ya sabeis que soy buen piloto.

— ¡Cómo! ¿vos, Bella? ¿y qué diría vuestro padre?

— Lo aprobaría; no hago mas que lo que él mismo hubiera hecho a no estar ciego. Vamos, José, un poco de abnegacion; el tiempo urge.

— No conteis conmigo, repuso rudamente José; si fuera para otro... pero por él; un hombre a quien detesto.

— ¿Que detestais a M. de Milval? ¿pues qué os ha hecho?

— Que os quiere, murmuró José con los dientes apretados.

— ¿Que me quiere? decid; ¡y con qué cólera! ¿acaso vos no me quereis, primo?

— ¡Mas que él! pero yo sabia que mi cariño era una locura, y mi respeto por vos es mas grande aun que mi cariño; él, por el contrario, como es noble, ha sido bastante infame para arrastrar a la hija de un pescador a un amor culpable.

Bella calló; lo que su primo la decia la agitaba de tal modo, que aun en medio de la noche se hubiera podido ver su frente roja de vergüenza.

— ¡Cómo! repuso por fin con acento firme aunque triste. ¿Ese es todo el motivo que teneis para odiarle? Pues os engañais. M. de Milval me respeta mas que vos, porque él no se hubiera atrevido a decirme lo que me acabais de decir vos.

— ¡Con que no, y os busca en la soledad, estrecha vuestra mano, rodea vuestra cintura!... preguntádselo a Ko.

— ¿Y creeis en las calumnias de ese infame? repuso Bella con indignacion. No, José, vos no me estimais; si no, no dariais crédito a ese miserable.

— ¿Negareis que esta misma mañana?...
— Ni esta mañana ni nunca me ha dirigido M. de Milval mas que palabras de gratitud.

— ¡Me habrá engañado ese infernal Ko!
— Sed razonable, José; no consintais en que ese desgraciado sea victima de la perfidia de Ko.

— Decis bien; el cuervo busca siempre en que eebarse. Soy un imbécil; me he dejado arrastrar por su veneno, como si no conociera a la serpiente. Perdonadme, Bella, y no dudeis de que M. de Milval quedará en salvo esta noche a no oponerse la Providencia. Yo os probaré que José sabe exponer su vida para cumplir una obra meritoria.

— Aguardad, José, continuó la jóven dulcemente como si tratara de tomar una resolucion dolorosa. Comprendo todo el sacrificio que os exijo, y he resuelto recompensarle.

— ¿Qué mas recompensa que arrancar su victima a ese malvado Ko?

— Acabais de decirme, murmuró la jóven con voz trémula, que me amais: hace tiempo que Dios dispuso llevarse a vuestra amiga... ¿quereis casaros conmigo?

El pescador se quedó estupefacto ante esta pregunta inesperada, y los latidos de su corazon podrian haberse oido en el silencio de la noche.

— ¡Cómo! exclamó; ¡vos, tan jóven, tan hermosa! ¡Oh! no, no; ¡tanta dicha me volveria loco!

— Juro ante Dios que nos oye, José, que mi mano será de aquel que tenga bastante abnegacion para salvar a ese desgraciado. Salvadle vos, y mañana pido a mi padre su consentimiento para nuestra union.

— ¡Ah, Bella, Bella! ¿qué no intentaré yo para merecer tanta ventura?

— Basta, dirigios a la playa; yo voy a buscar a M. de Milval: rehusara al principio, pero el peligro apura y obedecerá.

— ¡Bella mi mujer! ¡imposible! ¡yo sueño!

— Partid, José, partid pronto; es un sueño que está en vuestra mano realizar.

— Lo arriesgaré todo para conseguirlo, repuso José lanzándose en la direccion indicada. Me siento ahora capaz de llevar un monte sobre mis hombros. ¿Qué significa el viento ni la tempestad? ¡Bella, Bella mi mujer!

Y al hablar así corrió en linea recta hacia la playa.

X.

La marea alta tenia la barca a flote; José saltó en ella, preparó las velas y se sentó tranquilo con los ojos fijos en la costa, espionando a través de la oscuridad la llegada de Bella y el fugitivo.

De repente sintió una violenta emocion; inclinóse fuera de la barca para abarcar con una mirada toda la extension de la playa, y creyó reconocer la sombra de un hombre que agachándose se acercaba a la orilla del mar; en aquel momento brilló un relámpago, y José reconoció a Ko.

El primer impulso del pescador fué cumplir su promesa de retorcer el cuello a Ko, pero temió que su arrebato los comprometiese a todos, y sin perder de vista a la sombra que se acercaba, reflexionó un instante.

Sin duda Ko habia notado tambien que habia alguien en la barca, porque se detuvo aguardando como para cerciorarse al resplandor de otro relámpago.

José se estremecia de cólera.

El corredor estaba en el camino que Bella debia traer, y quizá presumiendo que podria salvar al proscrito por mar, acechaba para vender este segundo secreto.

Bajo el dominio de esta idea, saltó del bote y se adelantó lentamente hacia Ko, que habiéndole ya reconocido, repuso con acento burlesco:

— ¿Venis al mar a pescar aerolitos? Se prepara una buena tempestad, y si el viento se tuerce un poco, será una fiesta completa. ¡Ay! ¡ay! ¡soltad, me deshaceis el brazo!

— Escuchad, Ko, y callad sobre todo; callad, porque si se os escapa un solo grito, os ahogo y os arrojo al mar; ¡os entiero en la gran tumba de los marineros!

— ¿Qué quereis de mí? repuso Ko aterrado; yo estoy pronto a todo por complaceros.

— Os diré lo que quiero: tengo un mensaje urgente que llevar a un navio inglés, y os elijo por compañero de mi expedicion: ¿quereis acompañarme vivo ó muerto?

— Ni de uno ni de otro modo, replicó Ko espantado. Yo no me embarco en semejante noche. ¡Socorro! ¡Socorro!

Pero la mano forzuda de José que apretaba su cuello apagó la voz: al mismo tiempo se sintió levantar por una fuerza irresistible, cayendo despues como un plomo en el fondo de la barca.

— Levantaos, repuso José; no pidais socorro, porque es vuestra última hora, y escuchad. Habeis denunciado la casa en que se oculta M. de Milval.

— Yo creia que...

— Silencio. ¡Vive Cristo! Ahora vamos a conducir a M. de Milval a bordo de un navio inglés: Nieuport está a tres leguas de aqui, y con un viento semejante podemos estar de vuelta antes del dia. Justo es que en castigo, ayudeis a salvar al hombre que tan infamemente habeis vendido.

— Considerad, José, que nos fusilaran si averiguan...

— Precisamente por eso os elijo por compañero, por cómplice. ¡O callais, ó juntos vamos a morir!

Ko estaba mas muerto que vivo: hizo un esfuerzo desesperado para saltar de la barca, pero el brazo de hierro de José le detuvo.

— Y no creais que lo que os digo son amenazas vanas. Bella Stóck llegará dentro de pocos momentos y nos acompaña; considerad que no he de permitir que vayais a delatarnos para que ella pague con la vida su caritativa accion. Someteos pues sin resistencia, ó disponeos a morir, no por las balas francesas, sino por mis puños.

— Haced de mí lo que querais, murmuró el corredor, que habia perdido ya toda esperanza de poder escapar.

Hubo un instante de silencio, durante el cual José buscó algo sobre las tablas de la barca.

— ¿Qué es esto? ¿Vais a atar mis brazos? ¿Qué quereis hacer de mí?

— No tengais miedo: tengo que saltar en tierra para conducir a la barca a M. de Milval. Cuando estemos todos, volveré a soltaros para que me ayudeis a maniobrar, y ¡ay! de vos si no cumplis a la perfeccion vuestro deber. Pero silencio! ¡mi prima viene hacia aqui!

¡Ni una palabra!

Y liando los brazos de Ko a la espalda con una cuerda, corrió a la playa: pocos minutos despues estaban reunidos en la barca el corredor, José, Bella y M. de Milval.

La jóven se encargó del timon, y M. de Milval tomó asiento junto al corredor, a quien José se encargó de desatar: este les habia puesto al corriente de la aventura en pocas palabras, y empezó a dar sus órdenes a Ko, haciéndole llevar ancla y tomar un rizo a la vela mesana, mientras él izaba la del palo mayor.

El pequeño esquife, obedeciendo al impulso del viento, cortó oblicuamente las olas; a los pocos instantes José gritó de nuevo:

— ¡Recoged la escota mesana! ¡El cabo al viento ahora! Así, conservad esa direccion.

Y la barca viró deslizando ligera sobre la espuma.

Su rápido curso duró largo tiempo, sin que una nueva orden de José interrumpiese el silencio general. M. de Milval parecia preocupado por tristes pensamientos, y cuando la jóven trataba de dirigirle algun consuelo, respondia expresando la violencia que le habia costado aceptar semejante sacrificio.

El corredor estaba siempre en la proa aguardando con terror las órdenes de José, convencido de que el mas pequeño descuido ó torpeza le costaria la vida.

En cuanto a José, iba de pié en el centro, con la mano apoyada en el mástil y la vista clavada en el horizonte, contemplando con imponente silencio la nubecilla negra y lejana cuyo centro se iluminaba por frecuentes relámpagos: contaba sin embargo llegar al navio inglés antes que se echase encima la tempestad. Alguna vez miraba hacia la costa buscando la torre de Furnes para saber el camino que habian recorrido ya.

Por fin, despues de mucho rato apercibieron el faro de Nieuport.

José fijó su vista en el mar tratando de descubrir al resplandor del faro el navio inglés que buscaban, pero en vano. Una cruel ansiedad se apoderó de su espíritu.

Los navios habian huido sin duda a alta mar, en vista de la proximidad de la tormenta, evitando así un siniestro contra la costa. ¿Lograria alcanzarlos allí?

Dejó avanzar la barca hasta frente de Nieuport, y entonces dijo:

— ¡Largad la escota mesana! Dádsela al viento.

El esquife tomó otra direccion, pero avanzaba con resistencia y casi de bolina. Bella, para dominar el timon rebelde, se habia levantado: las olas arrojaban su espuma sobre ella, y el mar, agitándose cada vez mas, levantaba el débil esquife a inmensa altura, dejándole hundir con espantosa rapidez, logrando un golpe de viento tronchar el mástil.

— ¡Coged todos los rizos! exclamó José.

Durante otro rato todo fué bien, y la valerosa jóven cortaba atrevidamente las olas que se estrellaban bajo la proa: pero la noche habia avanzado en el horizonte; culebrinas de fuego iluminaban el espacio, y el ruido del trueno se unia al rugido del mar.

M. de Milval, con las manos cruzadas, parecia murmurar una ferviente oracion, fijando su vista en Bella con ansiedad. Habia olvidado la tempestad, el peligro... toda su alma estaba concentrada en un sentimiento sublime de admiracion. ¡Qué hermosa estaba luchando con los elementos, dominando la tempestad! ¡Qué imponente aquella heroína de los tiempos modernos exponiendo su vida por salvar la de un extraño! ¡Cuán bello y angelical estaba su rostro, cuán imponente su figura destacándose sobre el fondo azulado de las olas é iluminada por el fulgor de los relámpagos!

Solo salió de su contemplacion entusiasta cuando una ola mas violenta que las otras hizo casi vacilar la barca. Bella perdió pié agarrándose al borde de la embarcacion, y recobrando inmediatamente su timon.

— ¡Oh Bella! exclamó M. de Milval cruzando las manos con ademan suplicante; ¡basta por Dios! volvamos al lado de vuestro padre. ¿Qué precio puede tener para mí una vida comprada a tanto precio? Angel de caridad, sed conmigo misericordiosa: no me impongais tan horrible sacrificio.

— ¡Recoged velas, entregadnos a la gracia de Dios! interrumpió José con desaliento.

Esta orden era el último grito de esperanza.

En breve el viento desencadenado hizo virar a su anejo el débil esquife, el cielo se entreabrió y los relámpagos se sucedieron uno tras otro, y la lluvia y el granizo caian en espesos remolinos.

Despues de algunos momentos el huracan fué dismi-

nuyendo poco á poco, viéndose desaparecer la nube sobre Nieuport.

Cuando José pudo reconocer lo que había pasado en torno suyo, vió á su prima y á M. de Milval sentados como antes en la popa, al corredor acurrucado en la proa; pero la barca tenía dos piés de agua y el mástil estaba roto.

Esto le inquietó aun mas, porque el viento, soplando de la parte del Norte, le impedía avanzar mas adentro, y las olas, estrellándose contra la barca, la ponían aun mas en peligro que en el momento de la tempestad.

José tomó una resolución suprema: se dirigió á Bella y dijo:

— Dadme el timón.

Después dirigiéndose al corredor, exclamó:

— Iza y larga las escotas.

— ¡Gran Dios! ¿qué queréis hacer? exclamó aterrada la jóven.

El pescador repuso bruscamente:

— ¿Queréis que estemos toda la noche bogando contra viento y marea, mucho mas cuando los navios ingleses han abandonado el puerto? El mar está horriblemente alterado: soy responsable de la vida de todos, y es preciso ir á tierra.

— ¡Oh, no, no, por piedad! exclamó la jóven con acento desolado. De ese modo condenais á M. de Milval á la muerte, y habeis prometido salvarle.

— Si Dios quisiera; pero ya lo veis que no quiere.

Bella lanzó un gemido y ocultó el rostro entre las manos. M. de Milval trató en vano de consolarla.

— No hay mas que un recurso, exclamó José: entrar en el puerto de Nieuport.

— Pero Nieuport será en breve invadido por las tropas.

— ¿Y cómo ha de ser? escoged vos misma: Nieuport ó las dunas. No hay un tercer partido. En breve llegaremos á Nieuport: el viento es favorable; la noche oscura, y aunque haya centinelas enemigas, no nos verán.

— ¡Ah! dijo la jóven, ¡Dios nos proteja! dadme el timón.

José, reemplazado por la jóven, fué á soltar un rizo á la vela mayor: la barca viró, se deslizó ligera sobre las olas, y en breve estuvieron en el puerto de Nieuport. Ya dentro de él, el viento fué perdiendo poco á poco su fuerza, lo que hizo mas fácil el desembarco.

— Prima, id hácia el cabo Viervoet, y silencio; ni una palabra.

La barca se dirigió hácia aquel punto sin encontrar obstáculos. Antes de saltar en tierra, M. de Milval tomó la mano de la jóven, y dijo con voz profundamente alterada:

— Bella, en vano querria mostraros mi gratitud; vuestra imagen vivirá en mi corazón eternamente unida á las de mi madre y de mi hermana, y sea cual sea mi suerte, vuestro nombre subirá al cielo envuelto en mi última oración.

José hizo saltar al jóven, y algunos soldados de la guarnición del fuerte se adelantaron á recibirle como compañero; sin perder tiempo apartó José la barca de la ribera izando de nuevo las velas. M. de Milval siguió con la vista á sus salvadores. Apenas salvaban la embocadura de la rada, un tiro se oyó al otro lado de la playa, seguido de otras muchas detonaciones, entre las que se destacaba la de un cañonazo.

El jóven lanzó un grito de angustia, y temblando por la heroica niña, siguió á los soldados que le condujeron al fuerte.

XI.

El ejército francés había bloqueado la ciudad de Nieuport; cortando toda comunicacion por tierra y por mar. La línea setentrional y oriental de fortificaciones estaba ocupada por las tropas á las órdenes del general de brigada Vandamme, mientras el general en jefe Mortan dirigía el ataque contra la línea occidental.

Por cada lado del puerto se habían establecido baterías para bombardear la ciudad, pero particularmente contra el fuerte de Viervoet dirigían sus primeros ataques. Protegidos por las altas dunas contra los navios ingleses, sostenidos por gran número de batallones acampados por la parte de Dunkerque, los ingenieros construían sus trincheras para avanzar el ataque lo mas cerca posible del puerto. Bajo la instrucción del comandante Dejean y del general de artillería Eblé, los ochocientos hombres que trabajaban en las trincheras habían adelantado de tal modo en ellas, que se habían empezado á trasportar cañones para abrir la brecha por la cual se había de asaltar el fuerte. Nadie dudaba que este succumbiría al primer asalto, y probablemente la ciudad, perdidos sus principales puntos de defensa, no opondría una resistencia larga.

Esta convicción redoblaba el entusiasmo de las tropas, que trabajaban día y noche trasladando los cañones en la oscuridad á fin de enviar antes del alba un vigoroso saludo á la guarnición.

Entre tanto las tropas acampadas reposaban sin sentir tan próximo peligro; no obstante, antes del alba fueron despertadas por el redoble del tambor que daba la señal de alarma y por el estampido del cañón.

Era evidente para todos que los sitiados habían hecho una salida hácia las trincheras enemigas con ánimo de desbaratarlas y clavarles los cañones.

En breve, todo el ejército francés estuvo dispuesto á la batalla, y algunas compañías de cazadores fueron á proteger los trabajos de los ingenieros.

Muy luego se oyó el fuego de fusilería; los sitiados,

para impedir la marcha de las tropas francesas, pusieron fuego á toda la batería que defendía el ala occidental del fuerte, y durante algun tiempo el estampido del cañón resonó en los aires hasta que el fuego fué cediendo poco á poco, y por fin el silencio sucedió al ruido del combate.

Una hora después cada cual defendía sus posiciones; los franceses habían rechazado enérgicamente la salida de los sitiados, y aunque habían retirado algunos heridos, cantaban un himno de entusiasmo, porque habían obtenido por su parte doscientos prisioneros de guerra.

Eran estos en su mayor parte soldados de Hanover, otros del pueblo mismo, y los demás emigrados. Los últimos llevaban el uniforme y escarapela negras del regimiento *Leal-Emigrado*, que ya en algunos encuentros había sembrado la muerte en las filas republicanas; por eso estos eran tratados con menos consideraciones por las tropas, no obstante las órdenes contrarias de los jefes.

El oficial que mandaba la retaguardia era un capitán jóven aun. A su lado iba un oficial de mas edad, y llevaba la mano izquierda envuelta en un pañuelo empapado en sangre.

— ¿Os ha herido en esa mano algun emigrado?

— Sí, un bayonetazo; pero en algunos días no verá el sol.

— ¿Le habeis enviado al otro mundo?

— No, he muerto á dos en su lugar: tal es la injusticia de la guerra... pero el que me ha herido viene aquí.

— Enseñadmele.

— ¿Para qué? El general ha prohibido que se maltrate á los prisioneros, que pertenecen al consejo de guerra; se aguardará la vuelta del general Moreau, que ha ido á Ostende, llamado por el general en jefe Pichegru, para pronunciar la sentencia de los que han hecho armas contra su patria.

— Allí viene un emigrado alto, pálido, con los cabellos blancos, y nos mira con aire provocativo: apostaría que ha sido él quien os ha ensartado esa mano.

— No por cierto, ha sido el jóven de cabellos negros que viene á su lado con aire meditabundo.

— ¿Ese mirlo blanco?

— Si le hubiérais visto en el momento del combate, tendríais mejor opinion de él: se ha batido como un león.

— ¿Y no está herido?

— Como los soldados hanoverianos se han entregado, han desarmado á los otros para impedirles continuar la lucha. Los emigrados no se hubieran entregado; no ignoran la suerte que les espera.

— Los llevaremos á la granja que está en el centro del campamento.

— Ahora, adios, dijo á su camarada el oficial mas anciano: voy al cuartel general á esperar la llegada del jefe.

— ¿Estais alojado con el estado mayor?

— Si tal, á medio tiro de fusil del cuartel general.

— Hasta luego pues.

Cuando su camarada se alejó, el jóven oficial ordenó á los prisioneros acelerar el paso, siendo conducidos en efecto á una extensa granja de fuertes y elevados muros; allí se les anunció que no les quedaban mas que algunas horas de vida, y podían ir tomando sus últimas disposiciones.

Un batallón fué destinado á la guarda de los prisioneros.

El capitán que los había conducido declinó su mando en otro oficial y se dirigió al campamento con el resto de su fuerza.

El patio de la granja presentaba un aspecto imponente; por un lado se veía una fila de soldados apoyados en sus fusiles; por otro unos cuarenta emigrados se reunían en diversos grupos. Entre aquellas víctimas de la guerra había ancianos cuya espalda se doblaba al peso de los años, y adolescentes cuyos rostros delicados podían confundirse con el de una jóven. Dos ó tres estaban sentados junto al muro con la cabeza caída, las mejillas pálidas, los ojos velados por la tristeza. Mientras sus compañeros de infortunio trataban de consolarlos, ellos levantaban al cielo sus ojos, como contemplando el camino que les faltaba recorrer para llegar á una patria mejor.

La mayor parte tenían los vestidos desgarrados, negros los labios de la pólvora, y sus numerosas heridas atestiguaban el encarnizamiento del combate. Sin embargo, sus facciones conservaban su dignidad natural, y en sus miradas, que no eran ni medrosas ni provocativas, reflejaba la serenidad de un deber cumplido.

Un solo prisionero, un anciano de cabellos blancos, parecía anonadado bajo el peso del dolor, enjugando de vez en cuando una lágrima. Estaba sentado tambien, y sobre sus rodillas se agitaba un jóven en dolorosa agonía. Había recibido un bayonetazo en el costado, y su anciano padre, que le había sostenido hasta la puerta de la granja, le sostenía ahora contemplando su dolorosa agonía.

Mientras unos se ocupaban en vendar con sus propios pañuelos las heridas de sus camaradas, y otros deploraban en voz baja la suerte de su patria, un jóven, refugiado en un rincón, con la espalda vuelta á los centinelas, escribía unas palabras con lápiz en un pliego, del cual pendía un sello de lacre negro.

Uno de sus compañeros le dijo que era inútil hacer testamento ni escribir á su padre, porque su mensaje no llegaría probablemente á su destino; pero el otro, demasiado absorto para responder, continuó escribiendo con precipitación febril, guardó el papel en el pecho y se dirigió á uno de los soldados.

Este le apuntó con la bayoneta, otro soldado levantó sobre él el fusil, y un tercero le dió un empujón que le hizo retroceder seis pasos.

El jóven miró en torno suyo con angustia, buscando á quien poder confiar su mensaje, y en aquel instante entró el jefe que había quedado encargado de la fuerza: se aproximó al anciano que aun abrazaba el cuerpo inanimado de su hijo, y convenciéndole de que no abrazaba mas que un cadáver, dió orden de sacar aquel cuerpo de allí.

En el instante en que se separó del anciano, el jóven, rechazado por los soldados, se acercó á él.

— Ciudadano comandante, exclamó con ademán de súplica, una sola palabra, y mi gratitud será eterna.

— Hablad, dijo el oficial, interesado á pesar suyo por aquel aire distinguido.

— ¿Podríais decirme si el capitán Luis Stock forma parte de las tropas que sitian á Nieuport?

— ¿El valiente capitán Luis Stock? es uno de mis mejores amigos: ¿le conocéis?

— No, señor; nunca le he visto.

— ¿Qué queréis entonces para él?

— Confiarle un secreto.

— ¡Un secreto! ¿Tendríais quizá revelaciones que hacer?

— ¡Quién sabe! Yo os ruego le digáis que un prisionero quiere hablarle, antes de morir, de personas que le son queridas.

— Está bien, se lo diré.

El oficial se alejó, y el jóven prisionero se reunió á las demás víctimas. Miró entonces al anciano, á quien acababan de arrebatar el cuerpo de su hijo, con la palidez de la muerte en el rostro, los ojos inundados de lágrimas, las facciones contraídas por una agitacion nerviosa, rodeado de sus compañeros de desgracia, que escuchaban sus quejas con una tranquilidad muy semejante á la indiferencia. En presencia de la muerte que á todos iba á alcanzar, ¿qué valor podían tener para ellos aquellas quejas arrancadas por la muerte?

Cuando el jóven que había hablado con el oficial se reunió á ellos, dijo al anciano con acento de compasión:

— ¡El infeliz Jorge está ya en el cielo! Comprendo vuestro dolor, señor conde: nosotros, al perder la vida, perdemos solo el espectáculo de las desgracias que pesan sobre la Francia; vos, al ver morir á vuestro hijo, habeis muerto dos veces.

— Es el tercer hijo que veo succumbir entre mis brazos, murmuró el anciano.

— La misma suerte nos aguarda á todos, señor conde: un poco mas pronto ó un poco mas tarde, todos moriremos. La nobleza francesa no encuentra reposo mas que en el seno de Dios: allí encontraré yo á mis padres; allí os reunireis con vuestros hijos.

— Os engaños, M. de Milval; no es solo la pérdida de mis hijos la que me hace derramar lágrimas, sino la idea de que su sangre ha corrido inútil para la patria. Dos hijos me restan, últimos herederos de mi nombre; ambos están en la defensa de Nieuport: unos días mas, y mi raza habrá desaparecido.

— ¿Quizá Dios nos socorrerá antes, señor conde?

— ¡Socorrernos! ¡imposible!... ó lo que es lo mismo, salvar á Nieuport, repuso el anciano con amargura. Los Países Bajos están en poder de la república; los navios ingleses no pueden ni quieren acercarse á la costa: no había mas que un medio; yo le he propuesto, y todos le habeis rehusado. Ese valor, esa temeridad imprudentes no son de provecho para la Francia, y aquí teneis la consecuencia de vuestra temeridad.

— ¡Pero huir sin haber combatido!...

— Ese empeño está diezmando la nobleza francesa.

— ¿Y hubiéramos debido abandonar á Nieuport sin hacer resistencia?

— La defensa era inútil: teníamos que succumbir; hemos expuesto voluntariamente centenares de hombres, y Dios nos pedirá cuenta de esa sangre inútilmente vertida. Si al menos nuestros amigos que aun están libres pusieran en práctica mi proyecto.

— Ya es imposible, señor conde; las dos salidas del puerto están guardadas por las tropas.

— No, aun era tiempo; cuando suba la marea, los cañones tendrán que retroceder; el fuerte quedará libre por el lado del mar, y aunque se perdieran algunos hombres, otros muchos podrían llegar á bordo de los navios ingleses: mas de ochocientos vidas queridas á la Francia podrían salvarse. El que decidiera á sus compañeros á adoptar esta resolución, habría hecho el servicio mas importante que al presente exige el país.

— Debemos prepararnos, dijo uno de los emigrados, creo que vienen á buscarnos.

— ¡Valor, hijos míos! dijo el venerable anciano. Demostremos á nuestros verdugos que los nobles franceses no tiemblan ante la muerte.

El oficial de guardia apareció de nuevo, buscó con la vista á M. de Milval y le hizo seña de que se acercase.

— Seguidme, le dijo, el capitán Stock os espera.

Los soldados escoltaron al preso, y el comandante le hizo entrar en una habitación inmediata donde esperaba el capitán Stock. Cuando este fijó los ojos en el preso, una exclamacion de asombro se escapó de su boca.

— ¿Le conocíais? repuso el otro oficial.

— Esta mañana le conocí.

— El es quien ha herido mi mano.

Y viendo que el jóven prisionero parecía consternado por aquel incidente, añadió:

(Se continuará.)



Jorge Sand.

Jorge Sand.

Hé aquí un escritor ilustre entre todos y de quien nada hay ya que decir, pues todo el mundo le conoce. Jorge Sand ocupa, como es sabido, uno de los primeros puestos en la literatura francesa contemporánea. Citar el título de cada una de sus obras es hacer al mismo tiempo la enumeración de sus triunfos. Hija de Rousseau por el estilo y el sentimiento de la naturaleza, tiene la inagotable fecundidad de los grandes narradores. Jamás ha sentido ese cansancio que en ciertos momentos paraliza a los espíritus más firmes; siempre pronta para la narración y para el drama, puede decirse que su imaginación es uno de esos ríos majestuosos que ante ningún obstáculo se detienen.

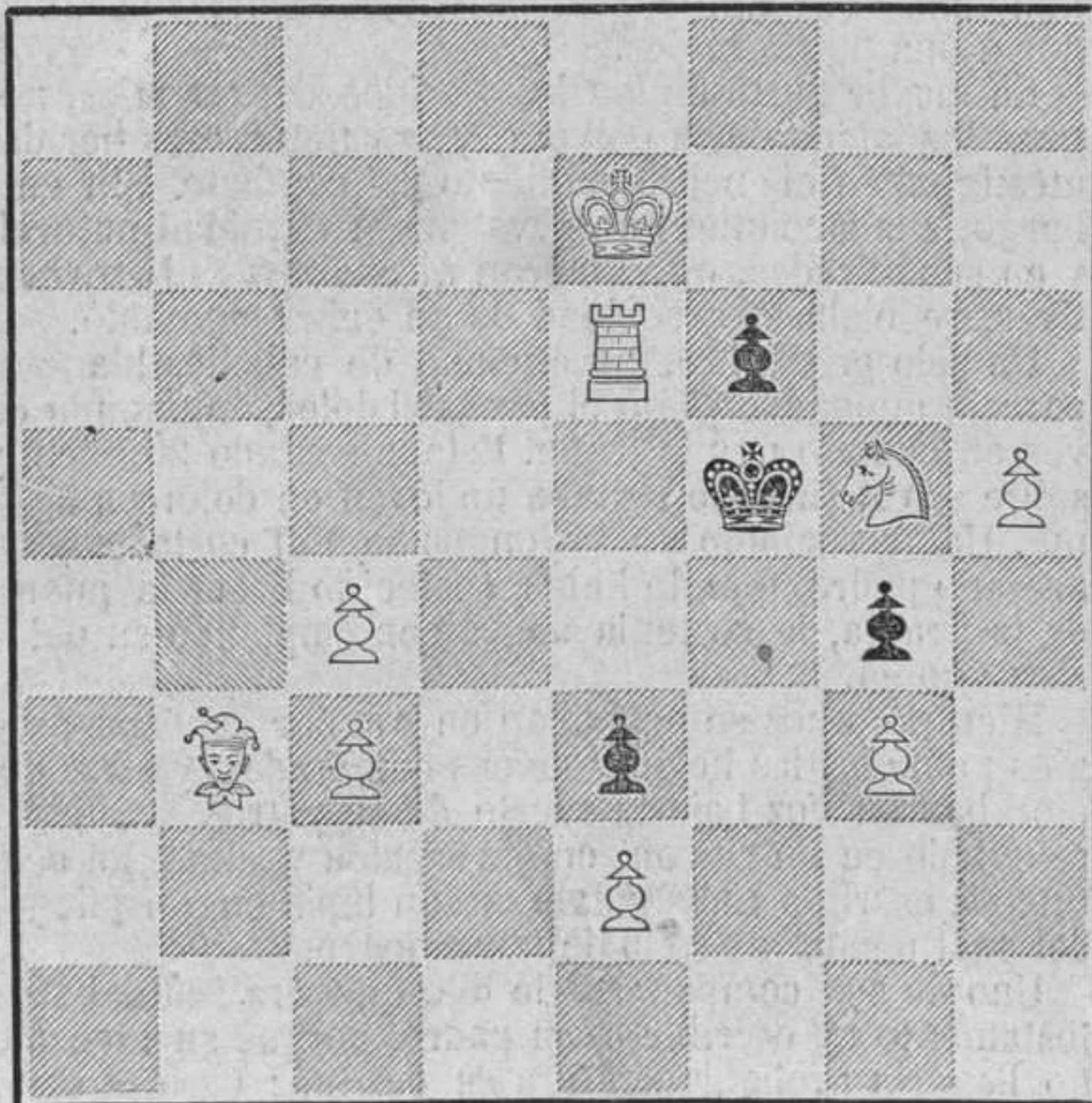
Cuando aparecieron los primeros libros de Jorge Sand, fueron recibidos con un grito unánime de admiración. Desde el primer momento había encontrado sin esfuerzo alguno el secreto de ese estilo incomparable que tantos escritores buscan vanamente durante toda su vida. Una carta escrita corrientemente y dirigida a Enrique Delatouche decidió su vocación literaria. Enrique Delatouche, hombre de gusto, descubrió un gran escritor en aquella joven que le escribía con tal facilidad, y la aconsejó que probara fortuna; ella siguió el consejo, y no hay para qué decir cómo la salió la tentativa.

Como todos los grandes trabajadores, Lamartine, Victor Hugo y Alejandro Dumas, Jorge Sand ha dividido su vida en dos partes, una consagrada a los negocios, a las distracciones, y la otra reservada exclusivamente a las tareas literarias. Los que la han visto en su retiro

Problemas de ajedrez. (1)

PROBLEMA NUM. 107, POR JEAN PRETI.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

de Nohant, ocupándose en los quehaceres de su casa, recibiendo con afabilidad a todo el que se presenta, hablando, paseándose, leyendo, estudiando mineralogía ó botánica, su pasión dominante, se han debido preguntar cuándo tenía tiempo para escribir esa serie de obras maestras que principia en *Indiana* y continúa hasta el *Marqués de Villemér*, preciosa novela que trasformada en comedia llama tanto en el día la atención del público parisiense. Jorge Sand trabaja por la noche. A las once se despidió de su familia y de sus amigos, se retira a su gabinete y escribe hasta las cuatro de la madrugada: no necesita más de cinco horas de sueño. A las nueve está ya en pié, y el día que principia se parece al día precedente.

Damos en esta página el retrato de Jorge Sand, copiado de la fotografía hecha últimamente por Nadar. Este retrato expresa admirablemente el carácter de la hermosa cabeza de Jorge Sand, de ese rostro enérgico donde hay tanta majestad como belleza. E. T.

(1) Solucion del número 106.

- 1 C 7ª C R 4ª R
- 2 Ra 4ª Ra jaque-mate.

Los Editores-Proprietarios responsables :

X. DE LASSALLE Y MELAN.

Paris. — Tipog. de J. Best, calle St-Maur-St-Germain, 15.